

**25 cuentos**  
**más**  
**para**  
**pensar**

**Autor: Miguel Redón-Selma Iserte**



## 26.- EXCURSIÓN EN BICICLETA

Mi papá es muy bueno y me quiere mucho.

Me gusta sentarme sobre sus piernas y sentir sus manos que acarician lentamente mi cabello, mientras yo quedo inmóvil durante unos instantes, disfrutando de esa sensación y ó sin sospecharlo ó guardándola en mis recuerdos para que me acompañe toda la vida.

Sabe más que nadie porque es muy listo.

Y, como mi curiosidad es casi ilimitada, le aseto a preguntas ó a menudo una detrás de otra, sin pausas para respirar ó y él, con toda la paciencia del mundo y una sonrisa constante, las va contestando, en la medida en que yo le doy tiempo a hacerlo, si no le he interrumpido con una nueva pregunta.

Le conocen todos y, cuando va por la calle, todo el mundo le saluda. Él devuelve el saludo amablemente, cuando no ha sido él quien lo inició.

Entonces yo quiero saber quién es la persona que ha saludado. Se lo pregunto y me contesta complaciente, dándome siempre explicaciones, que no suelen aclarar mi ignorancia; pero que sirven para que yo no indague más.

Además mi papá es un gran deportista. Es el mejor corredor ciclista que ha habido en toda la provincia y, aunque ahora no lo sé, ni podría saberlo, yo seré ya mayor y todavía no habrá habido ninguno que le supere.

Por eso tiene una bicicleta de carreras.

Y, por eso, también me compró una bicicleta para mí, como lo ha hecho para mis hermanos.

Pero su bicicleta es cromada y la mía de un brillante color rojo. Muy bonita

Sale con la bicicleta siempre que puede. Va por carreteras y caminos y recorre muchos kilómetros.

Con mucha frecuencia le pido que me lleve con él y vayamos a pasear con nuestras bicicletas.

Como pongo carita de portarme bien y soy muy insistente, alguna vez cede a mis ruegos y ambos nos vamos a pasear con nuestras bicicletas.

Pero, de todas las veces que hemos salido juntos con las bicicletas, el recuerdo de aquel día es el que más nítido se conservará en mi memoria.

Sucedió un domingo de primavera.

El día anterior había dicho que iba a sacar la bicicleta para hacer ejercicio durante varias horas.

Yo no quería quedarme en casa. Yo quería ir también.

Porque yo quiero hacer como mi papá.

Y sé que puedo hacer lo que hace mi papá.

Sé que puedo llegar hasta donde él llegue, porque soy fuerte como él y, si él tiene resistencia, yo la tengo también; aunque, precisamente porque tengo pocos añitos, no me doy cuenta de que son muy pocos.

Consintió en que le acompañara y me advirtió que teníamos que salir temprano.

Me gusta mucho dormir por las mañanas; pero ese día no hubo necesidad de que me llamara dos veces para levantarme.

Así que salimos pronto de casa.

Mi papá, como siempre, llevaba una gorra.

Yo llevaba otra. Del mismo color que la bicicleta ó roja -, llamativa y preciosa (al menos, eso me parecía).

El día era bueno, con nubes que suavizaban el calor del sol; pero que no amenazaban con lluvia.

La ciudad dormía aún.

Parecía real la frase popular de que las calles las acababan de poner.

Apenas vimos algún que otro coche.

Un señor con el periódico recién comprado, debajo del brazo.

Dos señoras que hablaban sobre la acera. Una con dos panes dentro de una bolsa de tela, que llevaba colgando. La otra con una botella de leche en la mano.

Tres jóvenes que, por la rapidez de su paso y por su aspecto, se adivinaba que tenían que trabajar esa mañana ó para la mayoría festiva ó y no les sobraba el tiempo para llegar.

Sin darme cuenta ya estábamos en las afueras.

Inmediatamente nos encontramos rodando por el arcén de una carretera secundaria.

Esquivamos un cartel indicador con la leyenda: ñA Fuentes de la Sierra 15 kmö.

Es a ese pueblo a donde pretendemos ir.

La carretera es bastante recta. Algunas curvas ligeras que rompen la monotonía del asfalto.

También es muy llana. Ligeras pendientes y varios badenes.

Algunos de estos badenes se mantendrán durante mucho tiempo y, cuando, años más tarde, vaya en coche por allí, sentiré un peculiar cosquilleo, como si el estómago se me subiese a la garganta cuando pase rápido sobre el mayor de ellos. Una sensación que siempre me resultará muy agradable y me hará sonreír

Parte de la carretera está flanqueada por enormes árboles de hoja caduca, cuyas largas y frondosas ramas parece que buscan entrelazarse amorosamente con las de los árboles del otro lado, creando en esta época una especie de túnel verde que, al atravesarlo, produce una sensación de ducha fresca sobre la cara.

Algunos rayos de sol ó pocos y debilitados ó logran atravesar la maraña de hojas y, al recibirlos sobre los ojos, me deslumbran momentáneamente y me sirven de juego, mientras sigo pedaleando.

Fuera de la carretera, campos de cultivo con cereales y frutales.

También pueden verse varias casas de labor, muy lejanas unas de otras, que parece que se han perdido en medio de la llanura y se han parado a descansar, esperando que alguien las encuentre.

Llevamos un rato ya y creo que me estoy cansando; pero no quiero reconocerlo.

Mi papá había dicho muchas veces que, cuando se va en bicicleta a algún sitio y uno se siente cansado, para medir las propias fuerzas, se tenga en cuenta que, después de llegar, todavía queda el camino de vuelta. Que, haciendo el mismo camino, al llegar al punto más lejano, se está a la mitad del recorrido.

Algo obvio; pero que se olvida muchas veces.

Pregunto si todavía falta mucho para llegar al pueblo y la respuesta no me gusta.

Pero soy fuerte y resistente - como mi papá - y aguanto lo que él pueda aguantar.

Por eso, respondiendo a su pregunta, le digo que puedo llegar hasta el pueblo sin cansarme.

Y que puedo volver también.

No le veo; pero seguro que ha sonreído al oírme.

Seguimos unos metros después de haber cruzado estas frases.

Entonces mi papá se pone a mi lado.

Pedaleamos en silencio varios metros más.

Cuando me doy cuenta, tengo el brazo de mi papá apoyado sobre mi espalda.

No quiero que me empuje, porque yo puedo seguir sin ayuda.

Pero no me está empujando.

El brazo solamente me rodea. Y no me empuja porque lo ha puesto así para coger con esa mano el manillar de mi bicicleta.

Es su mano la que hace fuerza y empuja la bicicleta, no su brazo.

Me doy cuenta de que ahora me cuesta menos esfuerzo el pedaleo.

Tengo sentimientos contrapuestos.

Por una parte, no quiero que me ayude. Mi amor propio me lo impide.

Por otra, mi cuerpo lo agradece. Es como si ahora fuera cuesta abajo.

- Papá, no quiero que me empujes.

- No te empujo.

- Entonces ¿por qué coges mi manillar?

- Es lo que hacemos los ciclistas profesionales. Como los recorridos son largos, para no aburrirnos, nos ponemos así y vamos charlando por el camino. Al estar más cerca, podemos ir hablando sin tener que gritarnos.

Así, sin llegar a reconocerlo, acepto como buena la explicación y admito la ayuda.

Aún pasa mucho tiempo hasta que veo el pueblo.

Entonces mi papá hace un comentario sobre dar la vuelta y regresar.

Al escucharle, en mi cerebro se juntan varios pensamientos:

¿Regresar?

¿Así, sin más?

¿No vamos a pararnos a tomar un refresco?

Hemos pedaleado durante, durante... bueno, no sé cuánto tiempo; pero seguro que ha sido muchísimo.

- ¿Papá? ¿No vamos a beber algo en algún bar?

- ¿A beber algo? Hemos bebido durante el camino del termo del agua que llevamos en las bicicletas. Podemos parar en la fuente y rellenarlo para la vuelta.

- ¿Papá? Por favorrrrrr.

Le insisto en lo del bar, porque, tanto como tomar algo, lo que me apetece es descansar y lo de haber bebido del agua que llevamos no es una respuesta que me convenza.

Entonces, hago una reflexión, en silencio, a propósito del recipiente. No comprendo por qué los ciclistas llaman termo del agua a la botellita de plástico que llevan en las bicicleta y que, por muy fresca que sea la que echemos, se calienta rápidamente, cuando los otros termos que yo conozco sirven para que no se enfríe lo que se pone caliente o no se caliente lo que se pone frío.

Por fin cede a mis ruegos.

- De acuerdo, entremos en el bar.

Afortunadamente entramos y pude tomar un refresco dulce de los que a mí me gustan.

- Vamos, hay que volver ya.

- Espera un poco, que aún no lo he terminado.

Yo solamente quería hacer tiempo. El pensar en la vuelta me paralizaba.

Pero llegó el momento de volver.

Nos montamos en las bicicletas y empezamos la vuelta.

Creo que ahora la carretera se ha vuelto empinada, porque cuesta más seguir; pero sólo es mi imaginación.

Vamos callados durante un rato. No tengo nada qué decir. Mi mente está ocupada completamente en lo que falta para llegar a casa.

Él tampoco dice nada. Solamente me mira de soslayo.

Pasan así unos minutos.

Siento algo que se apoya en mi espalda.

Veo a mi papá con su bicicleta junto a la mía.

Aparto un poco una de mis manos del manillar para que él pueda cogerlo bien.

Le miro.

Me sonrío.

Seguimos en silencio.

Yo pienso en qué invento tan bueno es el de los profesionales, que cogen unos los manillares de los otros para poder hablar y no aburrirse.

También pienso que mi papá, sin darse cuenta, está evitando que me canse.

Cuando pasen los años me daré cuenta de que mi padre me estuvo ayudando para que no me cansara.

Pero me daré cuenta de algo más importante, De que lo que hizo, al igual que en tantas ocasiones, fue ayudarme de tal forma, que yo no pudiera darme cuenta de que lo estaba haciendo. Para que yo adquiriera confianza en mis propias fuerzas, para que yo fuera aprendiendo y que su ayuda fuera imperceptible.

Es lo que hacía mi papá.

Es lo que hacía mi mamá.

Es lo que hacen todos los papás y las mamás.

í 0000000í



## 27.- HIGOS CHUMBOS

Estamos en pleno verano.

Son algo más de las 9 de la mañana y, para ser vacaciones, nos hemos levantado temprano.

El sol de agosto pesa ya sobre nuestras cabezas.

Acabamos de salir de casa, que está en las afueras, por la parte más moderna del pueblo.

Vamos en dirección a la plaza del Ayuntamiento, hundida en una de sus cotas más bajas.

Cuesta abajo y recién empezada la excursión, el paso es alegre.

La plaza, a su derecha, tiene edificios de seis y siete plantas de altura, edificios que, en la parte opuesta, se apoyan en el terreno que constituye la ladera de la colina donde se asienta el núcleo primitivo del pueblo y que, por esta razón, las ventanas, que vemos en las alturas, corresponden a casas a las que se accede por aquella parte, como plantas bajas.

En la parte izquierda de la plaza las casas tienen menos altura, ya que, por detrás, el terreno va en declive.

En ese lado nace una callejuela, encajonada entre edificios fabriles ó convertidos, con el paso del tiempo, en locales sociales de varias comparsas de Moros y Cristianos -, que sigue bajando todavía más y por la que seguimos.

La callejuela, después de unos doscientos metros, a la altura de una pequeña fábrica artesanal de jabón, ahora abandonada, gira a la derecha y la pendiente todavía se agudiza.

Ahora tenemos a la izquierda el monte y, a la derecha, un largo muro, que nos separa de unos campos, que llegan hasta el fondo de un pequeño valle.

Seguimos bajando hasta llegar a un estrecho puente de piedra, con pretilos desgastados por la erosión y el suelo de cantos rodados.

El puente salva el barranco que separa la colina donde se asienta la parte vieja del pueblo y la de la ermita del Santo Cristo, a donde nos dirigimos.

Es una excursión de cada verano, obligada por una costumbre, que se ha llegado a convertir en ley.

Actualmente la cuidan unos santeros que viven allí; pero dentro de unos años ya no estarán y, cuando queramos ir, el día anterior tendremos que pedir las llaves para poder entrar a la iglesia y a otras dependencias.

Al pasar el puente empieza el empinado y zigzagueante camino, con las estaciones del Vía Crucis en pequeñas capillas.

Pero hay aquí una parada obligada.

A la izquierda hay una grandes rocas, orientadas al Sur, lisas, con mucha inclinación.

Es la ðesgolaoraö.

La piedra está pulida, desgastada por el roce de miles de nalgas deslizándose

Es un tobogán natural, perfeccionado por el roce, miles y miles de veces, de las posaderas de los excursionistas de todas las edades, que, siguiendo una obligación no escrita, se dejan caer desde tiempo inmemorial por esas piedras entre las risas de todos.

Para los pequeños, porque es un juego para ellos.

Para los mayores, porque, durante unos momentos, es una vuelta a la infancia.

Para todos, porque es un motivo de expansión, además de un rito.

Es como el inicio oficial de la excursión y se coge con alegría.

Todo el camino está también empedrado con cantos rodados. Su anchura es suficiente como para que pudieran pasar carros; aunque la fuerte pendiente parece asegurar que nunca pasó ninguno por allí. La carga que ha de llevarse hasta arriba, se hace a lomos de un burro.

Por el centro hay una fila de piedras más grandes y alargadas, paralela a las orillas, formando una línea divisoria entre ambos lados.

Fuera del camino, la pronunciada ladera enseña sus rocas al sol, que alternan con la tierra ocre cubierta de plantas y arbustos. El romero es el que domina.

Algún que otro pino y pitas completan la visión de la montaña.

Pero no la visión del paisaje.

A la derecha, después del barranco se ve el pueblo antiguo, apiñado como una colmena, con sus casas, que parecen construidas unas sobre los tejados de las otras y algunas que parece que quieren escaparse de la masa construida y parte de ellas volando por encima de un camino circundante, apoyándose sobre largas columnas.

Una tercera montaña, haciendo triángulo con la de la ermita y la del pueblo, nos ofrece la visión de una gran pared lisa y llena de grandes agujeros, que son las bocas de las llamadas ðCuevas de los morosö, excavadas en la roca y comunicadas entre sí, que nadie sabe de cuándo datan y actualmente declaradas monumento nacional.

A la izquierda, flanqueado por la elevación de la parte nueva del pueblo, otro barranco.

Apenas empezamos la subida, en el vértice del camino, la primera de las estaciones del Vía Crucis.

Son nuevas, hechas de mampostería.

Las anteriores, que estaban picadas en piedra y de una sola pieza, son muy costosas de retirar ó por su peso y por la dificultad del camino ó y se han dejado tiradas a los lados.

Entre las esquinas del mismo lado del camino ó casi todos a la parte izquierda, porque a la derecha se hace muy peligroso el terreno ó hay unas sendas que atajan la subida.

Se han ido formando sobre las rocas y la tierra, por las pisadas de los jóvenes y de los niños que son más impacientes.

Mis amigos y yo, como siempre, vamos por estos atajos y, al llegar al camino, nos sentamos y esperamos al resto de la gente.

En uno de ellos, entre la tierra vemos brillar algo.

Rascamos un poco y encontramos cuarzo.

Poca cantidad; pero, para nosotros, es un gran descubrimiento.

Escarbamos más en la tierra y conseguimos varios trocitos más, que guardamos como si fuera un tesoro. Para nosotros lo es.

Los mayores han ido subiendo por el camino, más despacio; pero, como nosotros nos hemos entretenido bastante, nos han sacado mucha delantera.

De vez en cuando, alguno nos llama para decirnos ó por enésima vez ó que tengamos cuidado. Además ahora nos repiten que no nos retrasemos tanto.

Pasado un buen rato, con varios trozos del rico mineral en nuestro poder, corremos cuesta arriba para alcanzarles.

En sucesivas excursiones he querido encontrar este sitio; pero nunca recordaré el lugar exacto, ni, por tanto, volveré a obtener más cuarzo de allí.

Al final del Vía Crucis, cuando todavía quedan unas pocas vueltas hasta el final, hay una construcción, una ermita consagrada a la Virgen de la Soledad, llamada popularmente òLa Soledad.

Es muy pequeña, de unos 15 metros cuadrados, pero suficiente para dar algo de sombra.

Parar y entrar sirve para dar un respiro y aliviar un poco el calor de la subida.

Después de este pequeño descanso, ya no tiene importancia la parte de camino que resta para llegar.

Llegados a lo alto, mientras descansamos, contemplamos el pueblo y dejamos que nuestra vista vaya recorriendo la Sierra de Mariola, con un precioso pueblecito a lo lejos, que parece desparramarse por la montaña hacia abajo, ya en la otra provincia.

Entramos en el templo y bebemos de los botijos que siempre están detrás de la puerta, con el agua fresquísima.

Al salir, los mayores van organizándose y los niños nos dedicamos a jugar y a recorrer el monte hasta la hora de comer.

Por la tarde entramos en un pequeño campo sin cultivar, que hay delante de la entrada de la ermita, bordeado por paredes de piedras superpuestas, con muchas chumberas, llenas de higos maduros.

La chumbera ó en América llamada también nopal, tuna y tunera ó es una planta de la familia de los cactus, que, originaria de México, se ha hecho espontánea en los terrenos secos del Este y del Sur de España.

Su nombre procede de *nopalli*, del idioma hablado por los nahuas, pueblo indio precolombino, que habitó parte de América Central y la altiplanicie mexicana.

En Valencia se le llama *figuera de pala* ó higuera de pala ó probablemente porque sus frutos, los higos chumbos, nacen de las palas que forma esta planta y en Baleares *figuera de moro*, quizás por su origen foráneo.

Hacemos caso a los repetidos consejos que nos han dado y, con unas tenazas para sujetarlos y un cuchillo para cortarlos, vamos cogiendo higos, que pelamos allí mismo y nos los comemos, sin importarnos lo calientes que están.

Fue entonces cuando apareció, acompañado por el santero, un señor que se acercó también a las chumberas.

Debía de ser un señor importante porque el santero le llamaba Don Juan, parecía muy atento a lo que decía y varias veces se ofreció para lo que necesitara.

Entre los ofrecimientos que le hizo, estaban utensilios como los que utilizábamos nosotros.

Sin embargo, Don Juan le dijo que no necesitaba más que una navaja.

Y, sacando un pañuelo blanco del bolsillo, lo pasó alrededor de un higo muy maduro, como limpiándolo cuidadosamente.

Después lo cogió con la mano, lo abrió con la navaja y se lo comió.

Y repitió la operación varias veces, hasta que se cansó de comer. Luego desapareció, sin que volviéramos a verle.

Mientras estuvo allí, nosotros mirábamos con mucha atención lo que iba haciendo, sin decir nada.

Cuando volvimos a quedarnos solos, comentamos que, a Don Juan, le cundía mucho más que a nosotros la recolección y que, si él, una persona mayor, experimentada y con porte de señor, hacía lo que hacía y no le pasaba nada, era porque lo hacía bien y tampoco tenía por qué pasarnos nada a nosotros.

No lo pensamos mucho.

Inmediatamente y sin ayuda de ningún otro utensilio, sacamos los pañuelos de los bolsillos y, con ellos, empezamos a frotar los higos, limpiándolos de su dolorosa pelusa, mientras los sujetábamos con la otra mano.

Nos dimos cuenta que no nos hacían daño los pinchos en la mano, así que las precauciones iniciales no tenían sentido.

Cuando nos cansamos de comer higos ó y eso fue pronto ó seguimos jugando un rato más y pronto empezamos a bajar de vuelta a casa.

Evidentemente el regreso siempre es más rápido.

Entonces empecé a notar en las manos los efectos de la cogida de los higos.

Me picaban mucho.

Más que picarme, me dolían.

Estaban llenas de pelillos clavados, pelillos diminutos y delgadísimos, que no se podían coger para arrancarlos.

Con intención de quitármelos, cogí el pañuelo y lo froté sobre las manos.

Pero lo que hice fue clavarme más pinchos, porque el pañuelo conservaba muchísimos de cuando lo usé para limpiar los higos.

En algún momento, casi lloraba de dolor.

Y a mis amigos les pasaba lo mismo.

Al llegar a casa me sumergieron las manos en una palangana con aceite de oliva para que fueran saliendo y así las tuve durante un buen rato.

Mañana volveremos a jugar.

No sentiremos ya dolor.

Pero aprendimos la lección y recordaremos que, si estamos convencidos de cómo debemos de actuar ante una circunstancia concreta, aunque veamos que otros lo hacen de otra forma, no hemos de aceptar que su método sea mejor por la simple razón de que sea más cómodo o porque nos parezca que, por su categoría o fama, son mejores que nosotros.

---oooOooo---

## 28.- EL MECHÓN DE LANA

No era la primera vez que el esquilador pasaba aquel artilugio sobre la piel de la oveja sobre la que yo crecía.

Cada año, cuando se acercaban los calores, se repetía el rito, casi mágico, de aliviar de sus abrigo a todos aquellos animales, que no iban a necesitarlos en la época estival.

Era un motivo de fiesta para las gentes que vivían del pastoreo, como lo era para las familias campesinas cuando mataban el cerdo (y no digo un cerdo, sino ñelö cerdo, su único cerdo).

Se rompía la rutina cotidiana, acudían familiares de mis dueños y también gentes extrañas, se comía y se bebía más y mejor, etc.

Durante el tiempo que duraba la esquila, fuera de las horas de asueto, el trabajo era duro e incesante.

Yo era uno más.

Uno de tantos mechones que caían, después de haber sido cortados.

Ya en el suelo, el hombre que me cortó no me hizo ningún caso. Es más, fui a parar debajo de una de sus alpargatas, rota y polvorienta, mezclándome con la tierra y los excrementos ovinos.

Antes de traer el animal siguiente, me empujaron hacia un lado y, al final del día, me echaron encima de otros mechones, entre otros mechones y debajo de otros mechones, formando un montículo, que apretaron para poder aumentar su masa.

Finalmente el montículo llegó a convertirse en una colina.

Entonces nos hicieron pasar por unas máquinas, que nos prensaron con gran fuerza, dándonos forma de gigantesco dados, cubiertos por una tela basta y sujetos con flejes de plástico y pasaron a llamarnos balas.

El azar quiso que yo quedara en el exterior, parte cubierto por la arpillera que trataba de envolvernos y parte escapándome por entre sus rotos.

En este momento puedo darme cuenta de los avances técnicos: la esquila se hace con maquinillas eléctricas, que han sustituido a las grandes tijeras de antaño, con el consecuente ahorro de tiempo y de esfuerzo. También los flejes para formar las balas eran antes de hierro, bastante más caro y que, al oxidarse, manchaba el contenido y suponía un peligro para los manipuladores.

Aunque, pensándolo bien, no todo son ventajas: la electricidad para las maquinillas puede provenir de recursos limitados y contaminantes y el plástico para los flejes todavía no es reciclable

Las balas las fueron apilando en un solar anejo.

Y allí estaba yo, formando parte de una de ellas, soportando sol y agua; calor y frío.

Durante un tiempo permanecí allí, acumulándose alrededor el polvo que el viento iba depositando y que, al recibir el agua de la lluvia, formaba una capa que enmascaraba el color de las balas.

Un día, cuando entre todos debíamos de pesar varias toneladas de peso, fueron llegando camiones, cuyos conductores esperaban pacientemente a que nos fueran colocando encima, de forma ordenada, de tal manera que, ocupando el menor espacio posible, pudiera acarrear mayor cantidad.

La bala de la que yo formaba parte quedó arriba y, por eso, durante el largo trayecto en el vehículo, soportó más que otras el empuje del viento arrastrando tierra, que se iba introduciendo entre mis fibras, y también lluvia, que, al empaparnos, conseguía que formáramos con la tierra depositada una especie de caparazón que aislaba la parte interior.

Después de muchos kilómetros de viaje nos descargaron en unas grandes naves.

Poco a poco nos fueron sacando de allí para llevarnos a un lugar cerrado y sombrío, abrieron las balas y nos desparramaron sobre el suelo.

Como estábamos muy prensados, unos hombres fueron esponjando la masa compacta para echarnos después sobre una cinta sin fin, que lentamente nos fue llevando hacia una máquina ruidosa a la que llamaban *diablo*, quizás por el estruendo que hacía.

Era una trituradora, con unos grandes dientes que se introducían entre nosotros y nos separaba, nos cortaba, nos estiraba, seguía deshaciéndonos...

Cuando nos expulsaba por la otra parte, éramos fibras cortas y muy delgadas. Una nube de polvo y restos microscópicos flotaba en el aire moviéndose lentamente.

Volvieron a llevársenos.

Nos sumergieron en líquidos que nos lavaron.

Luego nos separaron de nuevo y nos metieron en enormes recipientes donde habían líquidos de diferentes colores. Salimos completamente cambiados. Unos rojos, otros verdes, otros azules...

Cuando, después de cierto tiempo, estuvimos completamente secos, otra vez nos fueron llevando, separados por colores, hasta el edificio que ya conocíamos de antes.

De nuevo nos echaron en el suelo en grandes montones, desde donde nos iban cogiendo para llevarnos a otra sala, también muy ruidosa como la del òdiabloö; pero era un sonido más rítmico. Seguía siendo fuerte; pero secuencial.

En otras máquinas nos volvieron a juntar, ahora retorciéndonos unos con otros, enrollándonos y estirándonos, haciéndonos pasar por entre ruedas y mecanismos metálicos, hasta que todas nuestras fibras estuvieron fuertemente abrazadas y entrelazándose entre sí.

Nos habían convertido en algo estrecho de gran longitud. De metros y más metros y luego muchos más.

Íbamos saliendo de aquellas máquinas y nos iban enrollando sobre unas piezas delgadas de madera, hasta que formábamos unos cilindros muy gruesos.

Volvieron a cambiarnos de lugar y nos desenrollaron para formar madejas de la misma longitud, cada una de ellas sujeta con una banda de papel fuerte adornado con letras y colores.

Parecía que éste era el final de nuestro largo camino, que no volveríamos a pasar entre las estruendosas máquinas.

Pero no fue así.

Muy ordenadamente nos colocaron en cajas de cartón ó siempre sin mezclar las de diferente color -, que cerraron y dejaron almacenadas durante un tiempo.

Un día el movimiento de las cajas nos sacó de nuestra quietud.

Volvimos a sentir el vaivén de los viajes y posteriormente la descarga y el almacenaje...

Cuando se abrió la caja, no fueron manos rudas las que nos sacaron, sino suaves y finas, que nos trataron como hasta entonces nadie había hecho.

Con gran delicadeza nos fueron sacando.

A mí me llevaron junto a una mesa, donde me quitaron el papel que me sujetaba, deshicieron la madeja y me ovillaron.

Con la misma delicadeza, otras manos me fueron utilizando para confeccionar la parte superior de un precioso vestido de fiesta.

El vestido era para una aristocrática dama, que lo estrenó en una fiesta de gala.

Sentí sobre mí las miradas de otras señoras, que también asistieron y alabaron la prenda.



Yo, un pobre mechón de lana de una oveja, me había convertido en la admiración de la fiesta.

Había pasado desde la suciedad del campo a ser un atractivo de la sociedad, a ser ó eso creía yo - lo más importante de la fiesta.

Estaba en lo más alto.

Mi vanidad era enorme.

Estaba convencido de que era envidiado y me sentía muy feliz y orgulloso por ello.

Pero la fiesta terminó y la dama a la que yo cubría volvió a su casa.

Cuando se estaba quitando el vestido observó que tenía un agujero, fruto del descuido de alguien que, con un cigarrillo, lo había quemado.

Muy disgustada arrojó el vestido al suelo y se acostó.

Al día siguiente lo echó a la basura.

La basura la llevaron a un contenedor, entre papeles y desperdicios, donde el hedor era insoportable.

Restos orgánicos en descomposición se apretaban contra el vestido.

Más tarde pasaría un camión y me prensarían. Probablemente acabaría incinerado.

Sin embargo, el contenedor se abrió antes y unas manos sucias empezaron a revolver su interior.

Sentí que tiraban de mí y que me metían en una bolsa.

Un hombre harapiento se me llevó.

Llegamos a un solar donde se amontonaban restos de muebles, electrodomésticos rotos, trapos, varias ruedas de coche y mil cosas más, que no se veían por la oscuridad de la noche.

Sobre una esquina del solar se levantaba un trozo de pared, resto de lo que había sido una casa, y pegado a ella un colchón viejo y manchado, donde dormía el hombre que me había rescatado del contenedor.

Se tumbó sobre la cama y puso el vestido, del que yo formaba parte, sobre sí, para abrigarse.

Una rata pasó sobre mí y se fue rápidamente al notar movimientos del hombre, que dormía.

Dormía; pero no durante toda la noche.

Antes de que amaneciera, su respiración se paró.

El hombre al que protegí del frío durante unas horas, ya no me necesitaba: había muerto.

Mi destino había sufrido muchos vaivenes desde que me desprendieron de la oveja.

Se llevaron el cuerpo del mendigo en una ambulancia y el vestido, conmigo integrado en él, quedó echado en el suelo.

De allí, alguien que se dedicaba a recoger trapos y papeles para revenderlos, me metió en unos sacos, que terminaron en unos almacenes.

Pasado un tiempo, me encontré metido en algo que ya conocía. Estaba embalado y listo para el transporte.

En camiones nos llevaron a otro almacén y posteriormente el ruido familiar de la trituradora de grandes dientes.

Me estaban reciclando.

Volví a sentir lo mismo que la primera vez que pasé por ella.

¿Qué me reservaba el destino?

¿De qué formaría parte en esta nueva etapa?

Eran tantas las posibilidadesí una prenda de caballero, una de señora, una alfombra, un colchón, material quirúrgicoí

Los dientes de la máquina han empezado a separar mis fibrasí

La vida continúaí

----ooo0ooo----

## 29.- EL ÁNGEL DE LA GUARDA

Luisito era un niño rubio, con unos ojos vivos y sonrientes.

Muy curioso e inquieto, como correspondía a su edad.

Habitualmente era obediente y procuraba agradar a sus padres.

Sin embargo, había ocasiones en que se dejaba llevar por sus impulsos y su cabecita parecía olvidar los consejos que recibía.

Entonces le reprendían o castigaban y acababa reconociendo que había actuado mal.

Sus padres eran labradores, con bastantes tierras de su propiedad ó de regadío y de secano ó en varios términos municipales.

Vivían en el centro del pueblo, en una típica casa rural de gente acomodada, que había sido reformada, adaptándola a las necesidades modernas, incluyendo instalaciones de calefacción y cuartos de baño.

La casa constaba de tres plantas y un sótano.

El sótano se había construido recientemente, debajo de parte del patio posterior y estaba dividido en dos partes, que se utilizaban respectivamente como bodega y como aparcamiento.

Se accedía a la casa a través de un portalón de gruesas maderas, con unas cabezas barbudas talladas y unos arabescos alrededor.

El umbral tenía dos rebajes simétricos, hechos a propósito para las ruedas de los carros al entrar y salir.

Los carros, en la época en que se construyó la casa, pasaban al fondo a través de lo que más tarde se convirtió en un gran recibidor, llegando a un patio, en parte descubierto y, en parte protegido por un cobertizo.

Actualmente el gran recibidor estaba pintado de blanco, que servía para acentuar la claridad que llegaba del patio a través de la acristalada puerta posterior.

A la izquierda, dos puertas conducían respectivamente al comedor ó usado en las ocasiones en que tenían invitados -, y a la enorme cocina, donde la familia hacía la vida.

En un lado de la cocina se concentraba todo el equipamiento propio de la misma, separado del resto de la enorme estancia por una larga barra con forma de L, como si fuera un bar.

En la zona más amplia resaltaba la chimenea, que, en la época más fría, proporcionaba calor, intimidad y alegría.

A la derecha del recibidor, una escalera conducía al primer piso - donde estaban las habitaciones ó y continuaba hasta el segundo.

Se había respetado la estructura de la escalera, que era grande y de caracol. Se había embaldosado y añadido dos pasamanos de madera barnizada, uno de ellos ininterrumpido desde abajo hasta el segundo piso. El otro, cortado lo necesario para acceder al primero.

La segunda planta fue en su tiempo el lugar que solía utilizarse como almacén de los productos de la tierra.

Era más pequeña que la inferior y estaba dividida en dos salas, una de las cuales servía para los juegos de Luisito.

En verano pasaba allí las horas de calor y, cuando el sol empezaba a perder fuerza, el niño esperaba a que nadie le viera, se montaba a horcajadas en el pasamanos y se dejaba caer, resbalando desde el segundo piso hasta la planta baja.

Luego se iba a jugar con sus amigos por el monte o por las calles del pueblo, hasta que se hacía de noche.

Cuando no estaba de vacaciones, iba a la escuela del pueblo, junto con los demás chicos y chicas.

Sus padres querían que después fuera a estudiar al instituto de la capital, para continuar más adelante en la Universidad.

Tenían previsto que tomara la Primera Comunión el próximo mes de mayo.

Por eso, cada domingo, después de la Misa de las once, D. Tomás, el cura, ayudado por dos o tres señoras de la parroquia, preparaban a las niñas y a los niños que fueran a celebrarla.

En la catequesis, el cura contaba anécdotas, vidas de santos y cuentos para enseñarles a ser buenos.

De todos los relatos que Luisito oyó de boca de D. Tomás, el que más le gustó fue uno sobre el Ángel de la Guarda.

Por él supo que todos los niños tienen siempre a su lado un ángel que les vigila, les aconseja y les cuida. Un ángel que es su amigo.

Los niños no pueden ver a su ángel; pero él les está acompañando y viendo en todo momento: cuando juegan, cuando estudian, cuando comen...Y por la noche, se sienta en su cama y protege sus sueños.

Al niño, no solamente le encantó la idea del ángel, sino que quedó muy impresionado por ella, tanto que, a menudo, caminando, se paraba en seco, tratando de sorprenderle y escuchar sus pisadas.

Otras veces, cuando no había nadie a su alrededor, de repente giraba la cabeza esperando verle.

Muchas noches, de entre las sábanas, sacaba la mano muy lentamente para no hacer ningún ruido y la iba acercando en la oscuridad hasta el conmutador de la lámpara de la mesilla de noche, apoyándola y dejándola así durante varios minutos completamente inmóvil.

Después, apretaba el dedo, encendiéndola mientras abría los ojos, intentando ver algún movimiento en la habitación que le revelara que el ángel estaba allí.

¡¡¡ Quería ver a su Ángel de la Guarda!!! Y no era un simple deseo. Casi se había convertido en una obsesión.

Su afán por llegar a ver al ángel influía en el rendimiento de sus estudios, que había mermado.

Se volvió más reservado con su familia y menos comunicativo con sus amigos.

Hasta su apetito se había resentido. Comía menos y su peso bajó.

Sus padres estaban muy preocupados y ya estaban decididos a visitar a un médico, si antes no sucedía algo, que pudiera librar a su hijo de su obsesión.

También, en ocasiones, procuraban aprovecharse de aquella idea y, cuando su hijo hacía alguna travesura, le decían que su ángel se entristecía si había hecho algo mal y que incluso lloraba de pena.

Luisito no quería que el ángel estuviera triste por su causa y procuraba portarse bien; pero, de vez en cuando, hacía alguna pequeña travesura, de la que después se arrepentía.

Pero había algo que seguía haciendo, cuando no le veían.

Él sabía que no estaba bien.

Sus padres le habían reñido innumerables veces, tratando de que comprendiera que lo que hacía era muy peligroso.

Pero él se sentía seguro y, siempre que podía, desde el segundo piso bajaba resbalando por el pasamanos de la escalera, a modo de tobogán.

Una de estas veces en que estaba solo, al coger la primera curva, entre el segundo y el primer piso, perdió el equilibrio y cayó al recibidor.

El golpe le dejó inconsciente sobre el suelo y así estuvo hasta que sus padres llegaron.

Avisaron rápidamente al médico, que ordenó que lo trasladaran al hospital, donde quedó internado.

Pasaron algunas horas.

Luisito abrió los ojos.

Estaba solo, en una sala desconocida, en una cama que no era la suya.

Volvió a cerrar los ojos, esperando que el sueño se desvaneciera.

Cuando creía que estaba más despejado, los abrió de nuevo; pero su mente todavía no estaba suficientemente clara.

El efecto del golpe aún le tenía aturdido.

Seguía estando en la misma sala, en la misma cama; pero no estaba solo.

Un ángel le miraba.

El ángel se acercó a la cama y le dio un beso en la frente.

Y empezó a hablarle. No conseguía oír todo lo que le decía - sólo algunas frases y palabras sueltas; pero suficientes para entender que no estaba contento con lo que había hecho.

í has tenido mucha suerteí

í te pondrás biení

í niño maloí

í ángelí

í próximaí peor suerteí

í niño buenoí

í papásí

Sin darse cuenta volvió a quedarse dormido.

Se despertó siendo ya de noche.

Su mamá estaba sentada en una silla, a su lado. Tenía la cabeza ladeada y dormía agotada por la vigilia y la preocupación, a pesar de la incómoda postura.

- ¡Mamá!

Su madre abrió los ojos, se levantó y, sentándose en la cama, le cogió una mano. Le abrazó y quiso decirle algo; pero no fue capaz de decir nada, sólo de llorar.

Fue Luisito el que habló, en voz muy baja, al oído de su madre.

-Mamá, he visto a mi Ángel de la Guarda... Me hablé Me riñí Pero me quiere mucho.

- De ahora en adelante voy a ser bueno.

Seguía teniendo su mano entre las de su madre, que las apretaba y las besaba en silencio.

El niño sonrió y le dijo:

- Mamá, ¿sabes lo que he descubierto?

- ¿Qué has descubierto, hijo mío?

- Que mi Ángel de la Guarda tiene la misma cara que tú.

-----ooo0ooo-----

## 30.- EL EXTRANJERO

Pedro trabajaba de administrativo en una industria ubicada en el polígono industrial de su ciudad.

La empresa se dedicaba a la fabricación de juguetes de manera prácticamente artesanal.

Como los procesos de fabricación no requerían mano de obra especializada, gran parte de los obreros eran inmigrantes, que habían llegado desde distintos países, buscando la forma de poder trabajar y vivir, al no haberla encontrado en su lugar de origen.

Las relaciones de estos inmigrantes con el resto de sus compañeros eran buenas.

Sin embargo, a menudo, a los nativos les chocaba la diferencia de costumbres. Alguna vez hubo algún roce ó que no duraba mucho -, debido a algún comentario sarcástico por parte de los nacionales.

Pedro, que no tenía tanta convivencia con los extranjeros como los que trabajaban codo con codo con ellos, era de los más críticos.

Era poco flexible y, cuando los foráneos no estaban delante, solía criticar y reírse de sus costumbres.

- Nosotros somos un país culto y con historia ó solía decir ó y nuestras costumbres son lógicas, fruto del estudio y de la razón, no como la de estos inmigrantes, que actúan por inercia y por lo que les han inculcado.

Muchas veces, sus allegados habían intentado convencerle de lo contrario; pero inútilmente.

Además, últimamente estaba de peor humor.

La razón es que se había casado el año anterior y, a los pocos meses, enviudó.

Este suceso le dejó muy trastornado y la tristeza se le notaba.

El recuerdo de su esposa no le abandonaba.

No salía con amigos, no iba al cine, no asistía a ningún espectáculo

Solamente vivía para su trabajo y para el recuerdo de quien le había dejado.

Su única distracción ó si podía llamarse así ó además del trabajo, era ir cada domingo y día festivo al cementerio.



Se afeitaba concienzudamente, se ponía su mejor ropa y, antes de salir, se miraba una y otra vez al espejo, para comprobar que iba a acudir a su cita habitual vestido elegantemente.

De camino pasaba por una floristería y compraba un ramo de claveles que llevaba al cementerio y ponía sobre la tumba, sentándose en un banco que había justo delante.

Allí, sentado, pasaba la mañana, hablando interiormente con su esposa, hasta la hora de comer.

Aquél domingo era soleado y la temperatura muy agradable.

Pedro había hecho lo mismo que el domingo anterior y que el otro y que el otroí

Ya llevaba un buen rato sentado ante la tumba, cuando vio pasar por delante de él a un hombre con rasgos orientales y una bolsa de plástico en la mano.

El oriental le dijo buenos días en perfecto castellano y se acercó a una tumba que estaba a pocos metros.

Pedro contestó su saludo y pensó que aquel hombre debía de llevar viviendo en el país bastante tiempo.

Este pensamiento le llevó a otros. Por su mente volvieron a pasar las mismas ideas de siempre sobre las costumbres extranjeras.

Mientras su mente estaba en esto, su vista la tenía puesta en aquel hombre.

Observó que se ponía delante de la tumba, en posición de firmes, y hacía varias reverencias seguidas - inclinando su cuerpo desde la cintura -, volvía a erguirse y repetía las reverencias.

Pedro pensó lo ridículo de aquello, riéndose interiormente de lo pueril de estos gestos.

Después el oriental estuvo de pie, casi inmóvil, durante un rato, hasta que abrió la bolsa de plástico con mucho cuidado.

Muy despacio extrajo de ella un recipiente de forma circular.

¡¡¡ Era una olla de barro ¡!!

Siempre con movimientos lentos, puso las manos debajo de la olla y se fue acercando a la tumba, depositándola encima.

Pedro observaba cada vez con más atención.

La olla tenía algo dentro; pero no podía ver lo que era.

Después de depositar la olla, volvió a ponerse de pie y a repetir las reverencias.

Una mezcla de curiosidad y de deseo de echar en cara a aquél hombre lo ridículo de sus actos hizo que Pedro se levantara y se acercara.

Antes de llegar a su lado, se dio cuenta de que, lo que había dentro de la olla, era arroz cocinado. Y además no sólo era arroz. Creía distinguir también gambitas, guisantes y alguna otra cosa más.

¡¡¡ Verdaderamente asombroso y ridículo!!

Pedro, lleno de razón y con aires de superioridad se dirigió a él y, remarcando las palabras con ánimo hiriente, le preguntó:

- ¿Cuándo cree usted que su difunto se levantará para comerse el arroz?

El aludido, sorprendido por sus palabras, se le quedó mirando, guardó silencio durante unos segundos y después, pausadamente le dijo:

- Mi difunto esperará a comerse mi arroz a que el difunto de usted salga a oler sus flores.

í ooo0oooí

## 31.- CAROLO

La oscuridad era absoluta.

La humedad atravesaba la tierra, que envolvía decenas de esferas blancas, como perlas diminutas, que, pegadas las unas a las otras, formaban un racimo de huevecillos. Menudos y pegajosos.

En algún momento empezó un movimiento, apenas perceptible. Alguna de estas bolitas parecía que se deslizaban entre las otras, cambiando de lugar unas fracciones de milímetros.

Poco a poco el movimiento se fue extendiendo a otras, afectando incluso a la tierra que las tenía atrapadas.

El movimiento proveniente de aquel habitáculo era tan lento que habría aburrido al espectador más paciente.

Sin embargo, todo había empezado a cambiar de posición.

Dentro de cada uno de aquellos pequeños huevos se había ido creando un proyecto de caracol, proyecto solamente porque, a simple vista, no podía adivinarse todavía.

De uno de ellos salió el protagonista de este relato, llamado ó al efecto de identificarlo ó Carolo.

Probablemente es un nombre apropiado por la aproximación fonética.

Carolo ó en ese momento, sólo Carolito o Carolín ó fue desprendiéndose de lo que le separaba del resto del mundo hasta convertirse en un ser completamente independiente; aunque débil, indefenso y pequeñísimo.

Al igual que sus hermanos se fue abriendo paso entre la tierra, las piedrecitas y los restos vegetales, así como de sus antiguos envoltorios, todo ello instintivamente y sin haber hecho uso de los ojos, inútiles por la falta de luz.

Por fin la claridad empezó a filtrarse entre algunos granos de tierra y poco después Carolo estaba en la superficie del terreno.

Todo era nuevo para él.

A su alrededor el mundo le saludaba.

Piedras, hierbas de distintas clases, incluso árboles, árboles altísimos, tanto que no alcanzaba a ver dónde terminaban, pareciendo que se introducían dentro del azul del cielo y allí se difuminaban.

Carolo, como todos los de su especie, no había conocido a sus papás/mamás, por lo que no pudieron transmitirle sus conocimientos, ni sus consejos. Todo tenía que ir aprendiéndolo por sí mismo, la vida era la que le comunicaba sus enseñanzas, ayudada por la memoria de las células.

Le parecía que estaba en un inmenso bosque, dominado por colores verdes y ocre.

Gran variedad de plantas silvestres, fortalecidas por las recientes lluvias, y un suelo que alternaba tierra, piedras y algún promontorio rocoso era el paisaje que le saludaba, con guiños, que la luz del sol, al atravesar entre las hojas, le deslumbraba de tanto en tanto.

Su instinto le empujaba a comer cualquier cosa, preferiblemente verde, que encontrara y a ese menester se dedicó afanosamente.

Las hojas rebosaban humedad. Algunas gotas de rocío aún adornaban sus partes sombrías.

Así fueron pasando los días y las noches.

Carolo comía incasablemente e iba creciendo al mismo ritmo.

Durante cierto período de tiempo el clima varió. El suelo se volvió seco. El verde de las hojas parecía que había perdido fuerza.

Carolo protegió su cuerpo con una película, que tapaba la boca de su caparazón, película que se solidificó rápidamente, quedando el interior aislado de la sequedad ambiental.

Así permaneció, debajo de una enorme piedra, hasta que nuevas lluvias le avisaron que debía volver.

Siguió comiendo, siguió creciendo, siguió arrastrándose con dirección desconocida.

El paisaje cambió, dejó de ver la abundancia de yerbas, que, en parte, iban siendo sustituidas por árboles.

Observó que aquellas plantas, que hasta entonces le parecían muy altas, realmente no lo eran tanto.

Muy cerca se elevaban árboles altísimos, tan altos que Carolo no podía alcanzar a ver sus copas.

Y empezó a desear subir, subir a lo más alto, llegar a un lugar desde donde pudiera ver todo lo demás y a todos los demás por debajo.

Quería estar en lo más alto. ¿O lo que quería era subir, elevarse?

Parecía que su deseo era estar arriba; pero lo que le marcaba su instinto era subir, subir y seguir subiendolí

Durante días ó a la vez que iba comiendo ó buscaba insistentemente el árbol más alto entre todos los que podía alcanzar a ver.

Cuando descubrió aquél que sobresalía entre todos, de un tronco imponente y una altura aparentemente inaccesible, se dirigió a la mayor velocidad (si es que podía llamarse así) que le fue posible.

Comenzó a arrastrarse sobre las rugosidades de la corteza. No había nada que comer, salvo unos pocos brotecillos verdes que tímidamente asomaban entre alguno de sus pliegues.

Pero a Carolo no le importaba. Su obsesión era seguir subiendo más y más, sin descanso, a pesar de que casi no se alimentaba.

Habría recorrido ya la mitad del trayecto, cuando el sol y el calor hicieron que volviera al estado de letargo, protegido en una oquedad del tronco.

Así pasaron muchos días, quizás semanas. El tiempo no transcurría para él.

Hasta que el cielo volvió a cubrirse de de nubes y durante algún tiempo llovió intermitentemente, alternando muchos días así con otros de calma, en los que, sin embargo, el sol no llegaba a calentar ni el suelo ni la vegetación.

Con la humedad Carolo siguió su imparable ascensión. Quería seguir subiendo. Obsesivamente esto se había convertido en su único fin.

Ya había rebasado la altura de todos los árboles que le circundaban; pero el que había elegido superaba a los demás.

Ahora la luz hería sus ojos si ascendía por la parte sur del árbol, por lo que elegía siempre la parte septentrional.

Le quedaba muy poco para acabar el recorrido; pero su obsesión no disminuía, al contrario, iba a más.

No descansaba. Siempre hacia arriba. Tenía que continuar su inacabable ascensión.

Era feliz subiendo, Esto calmaba sus aspiraciones.

Por fin estaba a punto de alcanzar el punto más alto de la copa y la noche había llegado.

Hizo un esfuerzo, sin reparar en el cansancio, ni en el sueño, ni en la falta de luz.

Era muy avanzada la noche cuando se encontró por encima de cualquier otro punto del bosque.

Sin pensar en nada más, el agotamiento le venció y, sin profundizar más en su mente, decidió que al día siguiente continuaría y se quedó dormido.

La luz del alba le despertó.

Miró a su alrededor.

Todo estaba a niveles inferiores.

Instintivamente empezó a moverse para continuar.

Entonces se percató de la terrible realidad, lo que hasta ese momento no había comprendido: que se puede subir; pero que, una vez se está en lo más alto, después ya no se puede más que bajar.

í ooo0oooí

## 32.- PEPE

En algunas de las calles de la ciudad empezaban a verse andamios y montañas de bombillas unidas por finas estructuras metálicas.

Eran los prolegómenos de unos días alegres repletos de actividad.

Los obreros iban colocando los adornos luminosos entre fachada y fachada para que, días antes de Navidad, todo estuviera dispuesto y pudiera inaugurarse la luminosa decoración, que alegraría la vista de los viandantes.

El interior de los escaparates de los comercios se renovaba y se complementaba el género expuesto con guirnaldas y elementos asociados tópicamente a estas fiestas.

A medida que los días iban pasando, crecía la actividad. Era algo fácilmente perceptible. Más gente por las calles, los comercios más animados, los escaparates más luminosos, la circulación más densa

En una de tantas cafeterías de una de las zonas céntricas estaba sentado D. Jose - un hombre de mediana edad ó con varias bolsas. En las bolsas llevaba paquetes de diversos tamaños, envueltos con papel de regalo.

Iba muy bien vestido. Traje oscuro, camisa de tonos suaves, corbata de seda con dibujos formando filigranas, zapatos nuevos y relucientes

Completaban su atuendo unos gemelos, no por discretos, menos valiosos, un fino pasador de corbata y un anillo ó además de la alianza ó con un brillante, que pesaría sobre un cuarto de quilate.

Era evidente que, además de buen gusto, disfrutaba de una excelente situación económica.

Sólo había algo que contrastaba con el resto de su apariencia: su mirada. Era triste, cansada

Mientras tomaba su refresco, en la mesa de al lado se acomodó Pepe.

Era un hombre de edad indefinible.

Iba vestido muy modestamente. Pantalones vaqueros de confección barata, camisa de mercadillo, sobre la que llevaba un jersey, cuyos codos empezaban a clarear y los pies protegidos por unas zapatillas económicas.

Pero, si alguien dejara de mirar su indumentaria y observara con atención sus ojos, recibiría un baño de belleza, no porque fueran bonitos, según los cánones aceptados, ya que acusaban el paso del tiempo, sino porque transmitían una sensación de bondad, que no se sabría explicar.

Estaba tomando plácidamente un café, cuando una de las bolsas, que D. José tenía sobre una silla, resbaló y cayó al suelo, saliendo parte de su contenido.

Pepe se apresuró a ayudarlo y a volver a colocar la bolsa sobre la silla.

-Gracias. Es Vd. muy amable.

-Son regalos para mis sobrinos.

Como ninguno de ambos tenía prisa, este incidente sirvió para iniciar una charla, en principio, intrascendente.

D, José estaba locuaz.

-¿Sabe? No tengo hijos, vivo solo y no tengo muchas ocasiones de hablar con la gente, a pesar de que afortunadamente gozo de una buena posición económica. Mi trabajo absorbe la mayor parte de mi tiempo.

-Tampoco es muy fluida la relación con mi familia. Creo que mis hermanos opinan que soy algo raro.

Pepe había acercado su silla a la de su vecino, que le había invitado a otra consumición y le escuchaba sin apenas decir nada. Había adivinado que D. José necesitaba desahogarse, contar lo que sentía - como si pensara en voz alta -, lo que hacía probablemente porque su vecino tenía algo que le inspiraba confianza y le animaba a seguir explayándose.

-Veo a mis sobrinos mucho menos de lo que quisiera y no sé cómo hacer para que hubiera algo más de acercamiento.

-Les hago regalos por sus onomásticas, por sus cumpleaños. Por Navidadí Sin embargo, no consigo su cariño.

Pepe se dio cuenta de que los ojos de quien hablaba se le estaban humedeciendo.

Comprendía que era un hombre rico, muy rico, desde una óptica estrictamente económica; pero muy pobre en afectos, lo que se traducía en la tristeza que se desprendía de su persona.

D. José hizo una larga pausa y advirtió que había estado hablando de sí mismo durante largo rato. Era un hombre educado y no era correcto abusar del monólogo, así que preguntó.



-Si no es indiscreción ¿a qué se dedica Vd.? Porque le estoy aburriendo con mi charla y mis problemas.

Pepe contestó:

-No sé si me pregunta en qué trabajo o a qué me dedico, así que le contestaré en los dos sentidos.

-Mi trabajo no es nada especial. Soy mecánico, empleado en un taller de coches. Gano un sueldo suficiente para vivir modestamente, ya que soy soltero y muy parco en mis necesidades.

-En cuanto a qué me dedico, el tema es diferente.

-Pero antes quiero proponerle algo que podría ser la solución a su soledad: Vd. vive solo, por lo que no tiene obligaciones que le retengan.

-Véngase conmigo los fines de semana que es cuando yo hago lo que deseo y haga lo que hago yo. Pruébelo un día y luego decide.

D. José, extrañado e intrigado, le preguntó:

-¿A qué se dedica, pues, los fines de semana?

Pepe contestó:

-Los fines de semana regalo alegría; pero ALEGRÍA, con mayúsculas.

-Hago de payaso en los hospitales infantiles, asilos, etc. y, a cambio, recibo lo que no tiene precio, lo que tiene tanto valor que no se puede comprar con dinero: sonrisas, caritas de felicidad, afecto

D. José se quedó pensando yí

Ahora los niños ríen cuando ven actuar al dúo de payasos ñJosé y Pepeö.

í ooo0oooí

## 33.- PRISA

Me había levantado más tarde de lo previsto.

El tiempo que habitualmente empleo en ducharme quedó reducido a la mitad.

Para no entretenerme, me tomé el café, que había sobrado del día anterior, frío y sólo.

Terminé de vestirme en el ascensor, que baja hasta el aparcamiento.

Encendí el motor del coche y, sin dar tiempo a que el motor pudiera calentarse, puse inmediatamente la primera marcha.

La puerta de salida me pareció hoy muy lenta, ascendí la rampa y hube de esperar a que terminara de abrirse.

Al salir, para acceder a la calzada, tuve que dejar pasar a una anciana que, ayudada por un bastón, caminaba torpemente, por la acera delante de la entrada. Por su forma de caminar, parecía que, a cada paso, preguntaba a la pierna correspondiente si quería adelantarse a la otra. Y daba la impresión de que a cada momento iba a pararse para descansar.

Cuando la anciana pasó, todavía esperé a que varios coches pasaran para poder incorporarme al tráfico.

En ese momento ya notaba que mis nervios se habían alterado y estaba en tensión.

Iba con prisas, apretaba los dientes y cualquier obstáculo que demorara mi marcha, incluso durante unos instantes, hacía que mi mano repicara sobre el volante de manera casi obsesiva.

Todos los semáforos los encontraba cerrados.

Los atascos se habían multiplicado y, apenas había salido de uno, ya me encontraba con otro.

Las caras de los demás conductores debían de ser reflejo de la mía. Se les veía tensos, malhumorados.

Parecía que todos y todo se había confabulado contra mí, para frenar o retrasar mi avance.

Mis nervios casi explotaron cuando un golpe entre varios vehículos que me precedían cortó la posibilidad de pasar. Detrás de mí, una interminable hilera de coches impedía que retrocediera, teniendo que soportar una espera ó que me pareció interminable ó

hasta que llegó la policía, hicieron mediciones, tomaron declaración, apartaron a los implicados

Por fin, deshaciendo el camino en la última calle y dando un rodeo larguísimo, pude continuar.

Parecía que nunca iba a llegar.

Tuve que dar varios bocinazos al conductor que parecía que se había dormido en un semáforo, después de encenderse la luz verde.

Aceleré lo que pude y llegué a una plazoleta situada en las afueras de la ciudad.

Todavía me esperaba un rato de nerviosismo porque no encontraba ningún espacio libre para aparcar. Tuve que dejar el coche a tres manzanas de la plaza.

Volví con paso rápido a la plazoleta y, en una calle que desembocaba en ella, entré en la cafetería donde suelo tomar algo.

Cogí un periódico de la barra y, después de pedir la consumición, me senté en un rincón y comencé a leer.

Durante las próximas dos horas, más o menos, iba a ser mi ocupación la lectura de la prensa, alternando con la visión ó a través de los cristales del establecimiento - de los caminantes y vehículos, que pasaban por delante, apresurados.

Hoy me costó llegar más de lo acostumbrado, las prisas me habían puesto nervioso; pero ahora, que ya estaba donde quería ir, el tiempo transcurría con monotonía

í ooo0oooí

## 34.- LA ERRE Y LA ESE

Érase una era cercada por un erial.

La erosión había arañado su cara norte.

Era raro encontrar algo caro alrededor.

Los árboles tenían las ramas rotas, por el aire.

Los abejorros, erre que erre, horadaban la tierra reseca que la circundaba.

Ora aquí, ora allá, un arado levantaba airoso la tierra, formando rodales.

Lejos un caballo sin herrar erraba su camino. El dueño gritó ¡hurra! al reencontrarlo.

Dentro de una rústica cabaña, una abuelita pelirroja trabajaba con su rueca, hilando sin parar.

Una rata cruzó precavida.

En todo el horizonte la aspereza era la nota que predominaba.

Hasta lo que llegaba a la oreja eran ruidos roncós.

Estaba visitando Diccionalandia, un país con inmensas posibilidades, buenas y malas, según quién y cómo las aprovechara.

Había pasado por distintas regiones, empezando por A, luego la B, etc.

Ahora atravesaba la R y quería llegar a la S, que era, por derecho propio, la siguiente etapa.

Pensaba que el sonido de la R era demasiado fuerte, demasiado agresivo y que, sin embargo, el de la S era dulce y acogedor.

Rugiendo y rojo de rabia, casi literalmente rompí el ritmo de mi periplo para atravesar la frontera, que me separaba del próximo lugar.

Entré en la región de la S.

La suave pendiente me condujo a una meseta que semejaba un tapiz de césped.

Por un lado la colina se deslizaba lentamente.

En medio del verde que la cubría, había como algunas pequeñas selvas de tallos, que culminaban en pálidos pétalos.

Me tumbé en el suelo, feliz, sosegado, bajo las nubes, que jugaban con el sol.

Al cabo de un tiempo indefinible me saludó un caminante.

Comenzamos una charla intrascendente, hasta que introduje en la conversación el tema de las letras, comentando lo horrible que resultaba la R y lo que me satisfacía la S.

El paseante, hombre sensato y prudente, me dijo:

-Las letras son como los ladrillos. No es importante la forma que tienen, sino las paredes que se construyen con ellos.

-Y las paredes sirven para crear casas. Esas paredes determinan la forma que tendrán.

-Luego se pintan o se empapelan o pueden dejarse a la vista las aristas y las imperfecciones.

-Luego de todo eso, se suelen colocar adornos, según el gusto de cada uno o dejarlas desnudas, así como también amueblarlas. Y es esto lo que llega al observador, lo que impresionará su mente.

-Pasa lo mismo con las palabras, que se forman con las letras. Pueden ser palabras duras, con imperfecciones, o pueden ser suaves y sin aristas.

-Por último, lo que llega al oyente - o al lector ó no solamente es el fondo de lo que se dice, también la forma, la elegancia en la exposición de las ideas, oralmente también en el tono de voz, en las inflexiones, en los maticesí

-Hay palabras con R que son muy atractivas y palabras con S que repelen.

-No hay diferencias en las letras, sólo en las palabras y éstas son fruto de nuestra mente y de nuestro corazón.

í oo0ooí

## 35.- OVIDIO - II

Ha pasado un tiempoí

Ovidio cumple condena en una cárcel próxima a mi ciudad.

Desde que me enteré de la noticia de su detención y posterior condena he pensado muchas veces en él.

¡Cómo cambia la vida de las personas!

Si se hubiera analizado su personalidad, cuando todavía era muy joven, creo que se habría podido prever su trayectoria. Su afán de protagonismo, su aire de superioridad, la forma de alimentar su ego al sentirse admirado y aplaudidoí Puede que, en el fondo, esto respondiera a cierta inseguridad en sí mismo, que ya se traslució ó según averigüé después ó cuando se rompió una relación sentimental, por frecuentes celos de los amigos de su novia, a pesar de que de él no se pudiera decir que fuera muy fiel.

Sin embargo, en mi interior sentía pena. Al fin y al cabo, había sido compañero de estudios y ahora estaba en desgracia.

Llevaba ya cerca de un año en una prisión próxima a la ciudad donde vivo.

¿Cómo sería allí su vida? ¿Habría recapacitado y se estaría regenerado? ¿Querría enderezar su vida cuando saliera?

Lo comenté con alguien muy cercano a mí, que me sugirió la posibilidad de visitarle e inmediatamente decidí que debía de hacerlo.

Pensé en qué le llevaría y, sobre todo, de qué íbamos a hablar.

Como obsequio, en principio, tenía idea de cigarrillos y algún libro; pero no sabía si la lectura le iba a atraer, así que me decidí por cosas consumibles: además de tabaco, incluiría en el lote fiambres y dulces.

Los temas de conversación no quería planificarlos. Dependería de cómo se fuera desarrollando. En esencia, lo que yo pretendía era saber cómo estaba y, a ser posible, darle ánimos y que no se sintiera solo.

Después de los trámites necesarios me autorizaron la visita.

El día señalado, previo un registro rutinario, me hicieron pasar a una amplia sala, semejante a ciertos bares, amueblados con mesas y sillas baratas de serie y con paredes desnudas.

Era rectangular, con sendas puertas en los lados más pequeños, con un funcionario de guardia en cada una de ellas.

Estaba destinada a las visitas de los presos no peligrosos, sin riesgo de huida y con determinada parte de la condena cumplida.

Me senté en una de las cuatro sillas vacías, que flanqueaban una mesa, en un rincón.

Transcurridos unos minutos, con el mismo uniforme que otros internos que ya permanecían en el lugar, apareció Ovidio.

No tuve que esforzarme para reconocerlo. A pesar del tiempo conservaba el mismo aspecto desafiante, la misma mirada de superioridad. Posiblemente, entre sus actuales compañeros había seguido buscando el aplauso.

Y con ese descaro, que se adivinaba en sus gestos, tan habitual en él, me saludó.

A pesar de la cordialidad que traté de mostrar, creo que no conseguí transmitirla, seguramente porque no era natural. A pesar de todo, agoté el tiempo permitido para la visita.

Me dio las gracias por lo que le llevaba y le pregunté cómo se desenvolvía su vida allí.

Habló bastante, cosa que no era habitual en él - ya que solía ser muy escueto y misterioso - y yo dejé que se explayara. Creo que necesitaba desahogarse con alguien ajeno a aquel ambiente, porque apenas había recibido visitas durante el tiempo que llevaba allí.

Le escuché mucho, interrumpiéndole ocasionalmente con algún gesto, alguna afirmación o alguna frase corta.

Su talante seguía siendo el mismo.

El sentido de sus palabras alternaba entre culpar de sus problemas a la sociedad o a otros y el sentimiento de superioridad. Entre el victimismo y el orgullo.

Así transcurrió parte de mi visita.

Sin embargo, cuando ya llevaba hablando bastante rato, calló.

Duró unos instantes su silencio, durante los cuales su semblante cambió.

A partir de ese momento, el tono con el que hablaba ya no fue el mismo y lo que decía también fue muy diferente. Se estaba confesando conmigo.

Se confesaba, como si pensara en voz alta, con palabras que iban recordando su juventud y su madurez. Cómo había sido, cómo se había estado comportando toda su vida y cómo había llegado a esta situación.

Se había despojado de toda soberbia y estaba compungido, lamentándose de su vida anterior.

Y naturalmente de la actual.

Cuando salí de aquel triste lugar, dos pensamientos contradictorios luchaban en mi interior.

Por una parte, pensaba que era muy difícil que una personalidad tan acusada pudiera cambiar.

Por otra, que probablemente había comprendido que la espiral de su vida anterior le había llevado a este punto tan lamentable y debía enderezarla.

Creo que todos los hombres, sin excepción, tienen algo bueno dentro de sí y que, si verdaderamente desean hacer uso de ello, pueden hacerlo.

Con este pensamiento optimista, dejé a mis espaldas aquellos muros, levantados con la doble idea de castigar y de rehabilitar, a pesar de que lamentablemente no siempre se cumplen ambos objetivos.

ooo-0-ooo



## 36.- PERDIDO EN LA CIUDAD

### Parte primera.-

Soy un niño.

A varios kilómetros del pueblo mis padres poseen una finca rústica, no muy extensa; pero lo suficientemente grande como para utilizar maquinaria, tanto en las labores agrícolas como para el ganado.

Tienen un tractor, que se utiliza para muy diversas actividades: siembra, recolección, transporte, etc., utilizan también ordeñadores mecánicos, así como algunos otros instrumentos modernos que les facilita la labor enormemente.

También hay una camioneta, una motocicleta, dos turismos - uno bastante antiguo y otro relativamente reciente- así como varias bicicletas, alguna de ellas podría decirse que es una pieza de museo.

Mi padre fue mecánico en su juventud, así que, cuando algún aparato se estropea, es él quien lo arregla y me está transmitiendo su afición por la mecánica, juntamente con otros valores morales, de los que es poseedor en abundancia.

Por eso, cada vez que él pone la mano en algún aparato, mecánico o eléctrico, tiene en mí un atento admirador y un ayudante deseoso de aprender. Continuamente, antes de hacer algo, como si pensara en voz alta, va diciendo lo que cree que le pasa al aparato, lo que se propone y lo que va haciendo, de tal forma que mi cabecita va siguiendo su lógica y sus conocimientos.

### Parte segunda.-

Llevo varios años trabajando en un taller de reparaciones del pueblo. Como la población es pequeña, se arreglan toda clase de motores, no sólo de vehículos.

No siempre termino en la empresa a la misma hora, ya que, por las características de la población y del tipo de trabajo, hay épocas en que el taller se ve desbordado de trabajo, como cuando se acercan épocas de uso intensivo de la maquinaria agrícola.

Generalmente, al salir del trabajo por las tardes, me reúno con varios amigos y charlamos hasta que la noche hace su aparición y vuelvo a casa, donde ceno y estoy de tertulia con mis padres, hasta que me voy a dormir.

En los trayectos por dentro del pueblo suelo encontrarme con algunos vecinos y siempre hay unos minutos para saludarnos y hablar.

Los fines de semana tengo más tiempo para estar con mi familia y también con mis amigos. Hacemos excursiones, nos reunimos en el bar del pueblo, lo recorremos, u

organizamos algún partido de baloncesto en una modesta cancha que construyó el ayuntamiento.

El domingo por la mañana, en la plaza mayor, suele reunirse gran parte de la población y se habla, comentándose las incidencias de la semana, las novedades habidas o el tiempo que hace.

La relación con mi familia, con mis amigos y con los vecinos es muy fluida. Siento que pertenezco a una comunidad donde soy apreciado. Conozco a todo el mundo y con todos hablo.

Sin embargo, creo que me falta algo. Me siento encorsetado, limitado por la pequeñez del lugar, por la falta de horizontes.

Necesito salir de aquí. Ver otros lugares, vivir en otro sitio, en alguna gran población donde tenga más posibilidades de realizarme.

### **Parte tercera.-**

Llevo viviendo en esta gran ciudad casi dos años.

No tuve ningún problema para encontrar trabajo; al contrario, poco tiempo después de que me contratara cierto taller, una gran empresa dedicada a la fabricación de motores me ofreció un puesto de responsabilidad, donde me dedico a estudiar e investigar posibles mejoras.

Hago jornada intensiva, por lo que estoy libre a partir de las 3 y, desde que llegué he procurado aprovechar todo ese tiempo para ver espectáculos, visitar museos, hacer excursiones, tomar copas en sitios lujosí

Ahora tengo todo lo que deseaba: dinero, tiempo, posibilidades de divertirme...

Sólo hay una cosa que no he logrado tener en este tiempo: amigos.

Por eso me encuentro perdido.

### **Parte cuarta.-**

Estoy asomado en el saliente de una montaña, viendo el fondo del valle.

Está verde y los árboles que cubren las laderas proyectan unas tímidas sombras, que se alargan en el suelo, formando figuras caprichosas.

Entre ellas, pasa un conejo, buscando, con el frescor de la tarde, una zona donde comer tranquilamente.

No se oyen más sonidos que los de los pájaros que se empiezan a refugiar entre las ramas.

Aspiro con avidez el ligero viento que me llega y que acaricia mis mejillas. Se respira una gran paz y continúo en el mismo lugar hasta que el sol empieza a esconderse por el horizonte, dejando que las nubes aprovechen sus rayos para formar inimitables combinaciones de formas y colores.

Me alejo lentamente, no tengo prisa.

Al cabo de unos minutos empiezan las construcciones y sigo la calle. Me cruzo con dos señoras a las que saludo. Más adelante, un hombre se detiene para preguntarme si nos falta mucho para terminar de arreglarle la empacadora de heno.

Llego por fin al bar, donde mis amigos me esperan y con los que pasaré un par de horas muy agradables. El dueño y los parroquianos me saludan con una sonrisa.

Por la noche, cenaré con mis padres y seguramente me acostaré pronto. Mañana, como cada día, he de madrugar para ir al taller del pueblo a trabajar.

Me duermo escuchando los sonidos de la noche y con la luna asomada a mi ventana.

Soy feliz.

í ooo0ooo.

## 37.- UN PAPELITO

Rodrigo había vivido siempre en el campo, en una masía sita a una legua de un pequeño pueblo.

Vivía solo, en una vieja casucha, cultivando una pequeña huerta, un reducido rebaño - que soltaba diariamente para que pastara -, unas gallinas que se alimentaban solas, unos conejos a los que les echaba hierba, que cortaba de los alrededores, así como dos cerdos que comían todo lo bueno y lo malo, para hacer gala de su especie.

También tenía un asno al que enganchaba un carro todos los martes, antes del amanecer, cargándolo con huevos, gallinas, conejos, etc., todo en pequeña cantidad; pero que, al venderlo en el mercado semanal, le proporcionaba un escaso dinero, ya que el número de potenciales clientes era muy limitado, como limitada era la población del lugar.

El mercado, o mercadillo por su tamaño, terminaba a media mañana y, una vez recogidas sus pertenencias sobrantes y cargadas en el carro, Rodrigo aprovechaba para comprar en la única tienda del pueblo, donde vendían òde todoò, lo que pudiera necesitar y después tomar un vaso de vino en el bar y hablar con los vecinos, para volver luego a su soledad semanal.

Un martes, uno de los vecinos con los que se reunía en el bar anunció que iba a ir al día siguiente a la capital y les propuso jugar a la lotería primitiva, para lo cual, cada uno le entregó idéntica cantidad, acordando que cada uno sería dueño exclusivo de su boleto.

De vuelta de la capital, metió cada boleto en un sobre, anotando el nombre que correspondía a cada uno de los apostantes, los cerró y se guardaron en el bar.

El martes siguiente, acabado el mercado, reunido el grupo de amigos en el bar, abrió cada uno su sobre para cotejar su contenido con los resultados.

El de Rodrigo, que apenas sabía leer y escribir, tuvo que mirarlo uno de ellos, que dio un grito al comprobar que tenía un pleno de aciertos.

La noticia de que le había correspondido una enorme cantidad de dinero se extendió rápidamente por todo el pueblo y también al resto del país.

Un comercial de una entidad bancaria fue a visitarle y le convenció para que depositara el boleto en su banco, que se encargaría de cobrarlo e ingresarlo en una cuenta que abriría a su nombre.

El comercial consiguió su objetivo al decirle que no tenía que preocuparse nunca por el dinero, que el banco le daría unos ñpapelitosö y que, cuando tuviera que pagar algo, no tendría más que firmar uno de esos papelitos y entregarlo.

Así se hizo. Se le entregaron varios blocks de talones bancarios y Rodrigo cambió totalmente su vida, entregándose a la juerga y al despilfarro.

Compró, gastó, regalóí en una palabra, tiró el dinero sin medida y, para pagar, firmaba talones a los que seguía llamando papelitos.

Tanto gastó, que el saldo de su cuenta cambió de color, pasando a ser acreedor del banco, por lo que un día recibió la visita del empleado del banco, que le dijo:

-D. Rodrigo, ha agotado su cuenta bancaria y ha de reponer fondos.

-¿Y eso qué significa?

-Que ha de darnos dineroí

-¡Ah! No pasa nada, no hay ningún problema: le firmaré uno de estos papelitosí

í 0000000í .

## 38.- APARATO ECOLÓGICO

Luis tenía de todo. Su papá era rico y le satisfacía todos sus caprichos.

En esta época de adelantos técnicos, Luis disponía de las últimas novedades, a pesar de su corta edad. Tenía un ordenador personal, en el que había instalado toda clase de juegos, así como enciclopedias y muchos programas de entretenimiento. También tenía en su habitación una televisión y un equipo de música con muchos discos.

Su despertador le llamaba cada mañana con una música de ritmo rápido y alegre, a la vez que iluminaba el techo con luces de muchos colores, que se movían incesantemente, lo que podía provocar un despertar alegre, que dispusiera el ánimo para empezar el día, o bien cierto enfado, si el sueño interrumpido era profundo, enfado que podía alcanzar distintos grados.

Para su desayuno también se hacía uso de las distintas novedades en electrodomésticos: una tostadora, que controlaba el tiempo necesario para dejar el pan a punto; una licuadora, que convertía la fruta en un sabroso líquido; un horno microondas, que calculaba la temperatura y se paraba cuando la leche estaba a punto para poder tomarse.

Cuando terminaba de desayunar, su padre le llevaba al colegio en un coche repleto de comodidades: aire acondicionado con regulador para mantener la temperatura constante, radio con un gran alcance y aparato reproductor de música, ambos conectados a altavoces repartidos estratégicamente por el interior del vehículo, de tal forma que parecía estar en el centro de una gran orquesta cuando sonaba alguna melodía.

El colegio al que asistía, regido por una congregación religiosa, también estaba equipado con los sistemas pedagógicos más modernos. Los religiosos, en los métodos de enseñanza para los educandos, utilizaban lo más actual: ordenadores personales, pizarras electrónicas, música ambiental durante las clases, etc.

Los alumnos pertenecían a familias acomodadas, que podían pagar los altos precios que el colegio marcaba; salvo unos cuantos a los que la Congregación becaba y que suponían algo menos del 5 % del alumnado.

El Colegio fomentaba y alentaba la convivencia entre todos los alumnos, independientemente de la extracción social de cada uno. Gracias a esta política, Luis se hizo muy amigo de Vicente.

El padre de Vicente era una persona muy educada. Tenía un trabajo modesto, que no le permitía lujos; pero conservaba en su casa muebles y objetos antiguos, heredados de sus padres y de los cuales no quería desprenderse por el valor sentimental que suponían.

para él. Los cuidaba y limpiaba con esmero e incluso puede decirse que los mimaba como si fueran objetos de culto.

Vicente frecuentaba la casa de Luis, donde ambos disfrutaban con tantos artilugios como éste poseía. Luis también iba alguna vez a casa de Vicente; pero comprensiblemente preferían estar donde más posibilidades de entretenimiento habían.

A la vuelta de una de las visitas a la casa de Vicente, Luis estaba exultante y le dijo a su padre:

-Papá, he visto en casa de Vicente un aparato magnífico, muy moderno, mejor que cualquiera de los que yo tengo.

-Es enormemente ecológico.

-Es precioso, muy decorativo.

-Y no consume electricidad.

No se cansaba de elogiar las virtudes del aparato que había visto funcionar en casa de Vicente.

Su padre le escuchaba, interesado y asombrado por tantas alabanzas como el niño hacía del aparato.

Sin embargo, era tanta su excitación hablando sobre lo que había visto, que no terminaba de concretar cómo era, por lo que su padre le interrumpió para preguntarle:

-¿En qué consiste ese aparato? ¿Y para qué sirve?

El niño, antes de contestarle, volvió a insistir en sus ventajas, la principal es lo ecológico que era, que no consumía electricidad. Después dijo a su padre:

-Es modernísimo.

-Sirve para oír música. Se pone un disco más grande que los que yo tengo y, sin necesidad de enchufar a la electricidad, se le da varias vueltas a una manivela y ya funciona.

í ooo0oooí

## 39.- LA TORMENTA

El cielo estaba completamente negro, cubierto por espesos nubarrones, que sólo podían verse cuando el resplandor de los relámpagos los iluminaba y la vista atravesaba la lluvia, que caía con tal fuerza que parecía estar atravesando una catarata.

Apenas se podían distinguir los márgenes de la carretera por la que Jaime iba conduciendo con gran dificultad, cuando el coche empezó a fallarle y, dejándose llevar por la inercia, poco a poco, pudo llegar a un espacio libre fuera del asfalto.

La noche no podía ser más lúgubre y por aquella carretera secundaria iba a ser difícil que pasara algún coche con alguien que le ayudara. Tendría que permanecer en el suyo hasta que la lluvia parara.

Jaime sintió miedo; pero no podía hacer nada más que esperar. Puso el seguro en las puertas del coche y se puso a rezar.

Pasada una media hora, que a Jaime le pareció que habían sido tres, por el retrovisor le pareció que veía dos luces entre la cortina de agua. Las luces se fueron acercando sin que su mente pudiera calibrar su velocidad; que realmente era poca.

Salió del coche y, en medio de la agobiante oscuridad y el torrente de agua, se puso a hacer gestos para que el coche que adivinaba tras las luces pudiera recogerle.

La lluvia seguía arreciando y la densa negror sólo era rota por las débiles luces que se aproximaban.

Cuando el coche llegó a su altura, se detuvo, Jaime abrió la puerta delantera derecha y de un salto entró ó casi se lanzó ó y se sentó, mientras el coche, que apenas se había parado unos instantes, siguió avanzando lentamente, antes de que Jaime se hubiera terminado de sentar y hubiera cerrado la puerta.

Mientras la cerraba, dio las gracias al conductor, diciendo:

-Muchas gracias. No sé qué habría pasado si Vd. no me recoge.

Al no recibir respuesta giró su vista a la izquierda. La casi completa oscuridad le impedía ver a su salvadorí

Al fijarse más, un sobresalto aceleró su corazón, dejando helado el resto de su cuerpo: ¡Nadie conducía el coche!

El susto le dejó paralizado. Ni cuenta se dio que la ventanilla opuesta iba abierta y el agua entraba en el coche en cantidad.



Encogido, sin que su cerebro fuera capaz de pensar, el miedo ó más que miedo, terror - le impedía cualquier movimiento.

El coche avanzaba sin conductor entre la oscuridad y la tupida cortina de agua. De vez en cuando, un rayo iluminaba la noche y todavía producía más espanto.

A la luz de uno de esos rayos, Jaime vio que unos metros más adelante había una curva cerrada, a la que se acercaban lenta e inexorablemente. Pensó que se iba a precipitar por la ladera, al salirse el coche por la curva. Su pavor iba en aumento.

Cuando el coche llegó al principio de la curva, cuando ya Jaime se veía volando hacia el precipicio, desde la oscuridad exterior surgió una mano entrando por la ventanilla que, agarrando el volante, lo hizo girar hasta que el coche llegó a la recta de la carretera, momento en que la mano desapareció en la negra noche, igual que había aparecido.

Si el miedo a salirse de la carretera fue grande y anteriormente, al ver que el coche iba solo, fue enorme, ahora al ver la mano que salió de la negra noche y que luego desapareció en la misma negrura, ya fue indescriptible.

A partir de ese momento, el hecho de que el coche - siempre lentamente y siempre cubierto por la negra noche tormentosa ó fuera llegando a más curvas y siempre apareciendo la misteriosa mano desde la profundidad de la tormenta, dejó a Jaime sumido en un estado casi catatónico.

De pronto, al salir de una de esas curvas, vio en frente unas débiles luces que anunciaban que estaba llegando a un pueblo.

Sin pensarlo, abrió la portezuela del coche y saltó a la carretera.

Como era muy poca la velocidad del coche, cayó al suelo; pero no llegó a sentir el golpe. Se levantó y fue corriendo, despavorido, bajo el diluvio, hacia la población que adivinaba.

Unos metros más adelante llegó a las primeras casas. Había un letrero luminoso que anunciaba un bar. Entró de golpe y se apoyó exhausto en la barra.

Pálido, descompuesto, balbuceando, tartamudeando, a veces con frases incoherentes, intentaba contar al camarero el fantasmagórico suceso.

En ello estaba, cuando la puerta del bar se abrió de nuevo y entraron dos hombres, también completamente empapados y con aspecto de estar muy cansados.

Uno fue directamente a la barra. El otro se quedó en la puerta, intentando recuperarse.

Entonces, el primero de ellos, señaló a Jaime con cara de enfado y, dirigiéndose al que se había quedado en la puerta, dijo gritando:

-Miraaaaaaaaa, el caradura que se subió a nuestro coche mientras nosotros lo empujábamos bajo la lluvia.

---oo0oo---

## 40.- LA CAÍDA

Cierta cadena de televisión preparaba uno de esos programas que recogen situaciones y anécdotas populares y que suelen tener mucha aceptación entre el pueblo, además de resultarles de bajo coste.

Antes de grabar hablaban con la gente, intentando encontrar temas que pudieran suscitar el interés de la audiencia, por su rareza, su gracia o su tristeza.

En una de las poblaciones por las que pululaban reunieron a un grupo de vecinos, que contaron haber tenido experiencias poco comunes. Cada uno relataba a su manera algún caso que le hubiera ocurrido y cuyo desenlace lo atribuía a alguna intervención divina o, al menos, a alguna causa paranormal.

Al director del programa no le convencían demasiado los relatos que iba escuchando; pero hubo uno que le llamó la atención, bien por el hecho en sí, bien porque su instinto le decía que era más convincente, bien porque pensaba que sería más atrayente para la audiencia.

Sin profundizar más en el tema, sólo habiendo escuchado algo del relato, invitó al protagonista para que, en directo, le hicieran una entrevista en el programa, estando frente a varios periodistas y sin preparar previamente las preguntas.

Llegado el día, con un plató en penumbra, salvo la zona donde se encontraba el personaje, se sucedieron las preguntas y también las respuestas.

-Estamos aquí para que nos cuente un hecho que le ha sucedido y que resultó insólito.

-Bueno, yo no creo que hay sido algo tan raro.

-Ésa es su opinión; pero para nosotros es realmente sorprendente. Por eso quisieramos que brevemente nos explicara lo que ocurrió.

-Verá, es muy sencillo y se puede decir con pocas palabras.

-Quería visitar cierto monumento y ver desde lo alto la magnífica panorámica que se divisa.

-Para llegar arriba hay que subir una escalera recta, uniforme, sin rellanos, de 50 peldaños.

-Para bajar, quise ir más rápido de lo que la prudencia me recomendaba y debido a querer correr más de lo aconsejable, resbalé y caí de esa escalera de 50 escalones, yendo a parar al suelo.

-Los que me vieron se asustaron, pensando que podía haber resultado malherido. Sin embargo, me levanté, sin siquiera un rasguño, me sacudí el polvo y me fui caminando tranquilamente.

Transcurridos unos segundos en silencio, otro de los periodistas, continuó:

-¿Alguien le empujó?

-No, no. Simplemente resbalé por el apresuramiento.

Otro periodista insistió en lo primero:

-¿Y no sufrió ningún daño en la caída?

-Ya les he dicho que ninguno, salvo el susto, el ridículo y el amor propio dañado

-¿Y el hecho de que su caída no tuviera ninguna consecuencia lo atribuye a algún tipo de intervención milagrosa?

-No, a ninguna.

-¿Tiene Vd. algún amuleto que crea que le protege?

-No, ninguno.

-Entonces, ¿cree que fue normal el hecho de caerse de una escalera de 50 peldaños hasta el suelo y que no le pasara nada?

-Sí, creo que fue completamente normal.

-¿y por qué piensa que fue normal?

-Seguramente porque, si bien me caí hasta el suelo de una escalera de 50 escalones, me caí desde el primero de esos escalones.

í ooo0oooí

## 41.- SIMPLÓN

El pueblo tenía unos veinte mil habitantes. Un número excesivo para que todos los vecinos se conocieran ó como pasa en las pequeñas aldeas -; pero no tanto como para que determinados personajes fueran populares.

Así sucedía con uno de ellos. Era un hombre de unos 50 años, de aspecto modesto y mirada bondadosa, que en ocasiones parecía pícaro.

No trabajaba en nada y nadie sabía cuál era su nombre. Todos le conocían como òSimplón, un apelativo que indicaba la idea que todos tenían de él.

Hablaba poco. Daba las gracias escuetamente y sonriendo cuando alguien le daba algo.

Algunas veces los niños le decían òSimplón, eres un tontorrón, cantando y riéndose de él, el cual se limitaba a mirarlos y sonreírles en silencio.

Deambulaba continuamente por la calles y, de vez en cuando, se le acercaba alguien para darle unos céntimos.

En sus recorridos por el pueblo, al pasar por delante de algún bar, donde charlaban los desocupados, frecuentemente, para romper la monotonía, alguno le llamaba y le invitaba a tomar algo, aprovechando la ocasión para reír a costa de Simplón.

Así, mientras consumía la invitación, alguno de los presentes, cogía una moneda de un euro en la mano y en la otra un billete de 10 o de 20 euros y, estirando los brazos le decía que podía quedarse con lo que hubiera en la mano que eligiera.

Invariablemente, con expresión de alegría, Simplón cogía la mano que llevaba la moneda, desechando la del billete.

El coro reía la elección y hacía bromas sobre la capacidad intelectual del invitado, bromas que éste aceptaba con su beatífica sonrisa, hasta que se despedía y continuaba su paseo.

Simplón, que vivía en una casucha en las afueras, tenía una anciana vecina que le tenía mucha simpatía. La anciana, que también vivía sola, acostumbraba a pasarle algo de lo que cocinaba, aprovechando para charlas un rato y hacerse mutua compañía.

En una de esas charlas, la vecina le recriminaba amablemente su actitud:

-Tú eres mucho más inteligente de lo que aparentas y, sin embargo, dejas que se rían de ti, incluso les provocas para que lo hagan cuando tantas veces te dan a elegir entre una moneda de 1 euro y un billete.

- Vd. lo ha dicho, vecina. Muchas veces me dan a elegir y yo siempre cojo la moneda.
- Todos se ríen de mí, todos hacen bromas a mi costa, cuestionando mi sentido común y yo me voy con un euro más en el bolsillo.
- Esto pasa una y otra vez, siempre riéndose de mí y siempre llevándome un euro.
- Y, si alguna vez cogiera el billete y despreciara la moneda, se habría acabado para mí la principal fuente de ingresos que tengo para subsistir.

í ooo0oooí

## 42.- LA PLUMA

Vivo en un chalet, rodeado por un extenso terreno. Parte del mismo, a donde da la fachada principal del chalet y los lados, lo tengo formando un jardín muy cuidado, con variedades de plantas de vistosas flores y un caminito serpenteante entre ellas, que desemboca en una plazoleta rodeada por árboles de hoja perenne, debajo de los cuales hay dos bancos enfrentados y en medio un pequeño estanque circular con una fuentecilla central, rematada por la figura de una sonriente niña, con un cántaro tumbado sobre un hombro, del que va manando agua constantemente.

El resto, en la trasera de la casa y extendiéndose como abrazando el jardín, forma una especie de bosque, con arbustos silvestres y unos árboles enormes, cuya antigüedad es inmemorable.

Desde los ventanales de la cocina, cada mañana me saluda este paraíso natural y hace que disfrute de su visión y de los sonidos de las aves que lo frecuentan.

Una mañana, cuando me recreaba mirando mientras preparaba mi desayuno, observé que, en el árbol que crece justo en frente, había un pajarillo de color amarillo que cantaba incansablemente, con la cabeza vuelta hacia el interior de las ramas. Era un macho precioso y su color contrastaba con el verde de los árboles

Me llamó la atención su insistencia y me quedé mirando intrigado.

Al cabo de un rato, unas ramas se movieron en el lugar hacia donde el pajarillo amarillo dirigía sus cantos y algo viviente se adivinaba entre las hojas.

Tras unos instantes, otro pajarillo, con las plumas grises, mucho menos vistosas que las del primero, saltaba entre las ramas, acercándose al amarillo, que fue a revolotear a su alrededor, volviendo luego al primitivo lugar. Parecía que quería indicarle que aquél era el lugar elegido y le estaba invitando a llegar.

Poco a poco, saltando entre las ramas, el pajarillo gris, una hembra de la misma clase, fue acercándose y, cuando estuvo a su lado, juntaron sus piquitos mientras abrían sus alas, moviéndolas nerviosamente.

Me pareció un espectáculo de gran belleza contemplar la alegría de ambos y los sentimientos que tan espontáneamente manifestaban.

Sin embargo, había algo que estropeaba el cuadro. La hembra tenía una sola ala. De la otra, sólo una parte se veía cuando las abría.

Ese mismo día empezaron a formar el nido; pero la hembra no podía volar, así que el pajarillo amarillo se tenía que multiplicar para buscar comida y para encontrar los elementos necesarios para la construcción.

Decidí que tanta dedicación merecía ayuda, así que en el alféizar de la ventana empecé a poner migas de pan, granos de arroz, pequeños pedazos de manzanas y de otras frutasí

También pensé en el nido, así que, en el rincón, separado de la comida, dejaba hilos, que sacaba estirando de retales de ropa, de un jersey viejo y de una alfombra que tenía en el trastero.

El pajarito inmediatamente vio lo que yo había dejado y se apresuraba a llevárselo. Al principio, yo dejaba cerrada la ventana y, desde lejos, miraba cómo lo cogía. Pasados unos días dejé que el cristal permaneciera abierto. El cambio hizo que dudara y que se acercara receloso; pero inmediatamente, la facilidad que encontraba hizo que se confiara y volviera a la rutina.

Después, empecé a dejarme ver; aunque desde lejos. El avecilla también estuvo temerosa al principio; pero parece que comprendía que era yo el que le proporcionaba el alimento y las primeras materias para su construcción, así que pronto continuó como siempre, llegaba, se quedaba parado un momento mirándome, como si quisiera darme las gracias, luego cogía lo que deseaba y se iba volando junto a su compañera que estaba mirando la actividad de su pareja.

Cuando el nido estuvo terminado, la hembra gris puso unos huevos (que yo suponía, porque no se veían desde mi cocina) y se le veía incubándolos día y noche, mientras seguía siendo alimentada, como hasta entonces, por el solícito compañero, cuyo comportamiento era admirable, al cuidar de tal manera a quien no podía valerse por sí misma.

Llegado el tiempo en que los huevos deberían de haber eclosionado, no pasó nada, algo falló y todo el trabajo resultó estéril.

Yo seguía poniendo comida como siempre; pero un día el pajarillo no apareció a por sus raciones.

Extrañado miré hacia el árbol y vi a la hembra muy inquieta, apoyada en el borde del nido, moviéndose sin parar, viendo cómo se inclinaba hacia el interior. No podía ver lo que hacía; pero daba la impresión de que picoteaba o estiraba.

Yo estaba desconcertado, sin comprender bien lo que ocurría. Abrí el cristal de la ventana para observar mejor y entonces la hembra, con algo en el pico, empezó a saltar de ramita en ramita hacia mí. Algunas veces, sus dificultades para avanzar, por su deficiencia física, eran muy evidentes; pero las iba superando y acercándose.

Sin moverme seguí observando. La hembra llegó hasta el extremo de una rama que casi rozaba en las paredes de la casa. Desde allí saltó ó casi se echó ó sobre la repisa de la



ventana, se me quedó mirando unos instantes sin soltar lo que llevaba en la boca hasta que finalmente lo depositó sobre el alféizar, volvió a mirarme y saltó hasta el suelo desapareciendo de mi vista.

Lo que llevaba en el pico y que me ofreció era una pluma amarilla, de su compañero muerto. Es la pequeña pluma amarilla que está ahora en un estuche transparente de vidrio en un lugar muy visible y destacado de mi casa.

í ooo0oooí

## 43.- LAS LENTEJAS

Tenía yo 8 años y era un niño obediente; aunque alguna vez hacía alguna travesura, como casi todos los niños.

También era buen comedor. Comía todo lo que mi mamá cocinaba, incluso aquello que no era lo que más me gustaba, excepto un plato que, a pesar de sus intentos, nunca pude aceptarlo: me refiero a las lentejas.

Y no podría decir que no me gustaran (porque nunca las había probado), es que, solamente verlas, sentía una sensación de rechazo que me impedía incluso coger la cuchara.

En verano pasábamos mis vacaciones escolares en un pueblo de la montaña, donde tenía muchos amigos. Con uno de ellos, que además vivía junto a nuestra casa, es con quien más jugaba. Prácticamente estábamos todo el día juntos, salvo a las horas de comer o de dormir, así que había mucha confianza. Se llamaba Jorge.

Un día del verano mis padres tuvieron que desplazarse a la capital para realizar unas gestiones ineludibles. Si me hubieran llevado con ellos, habrían perdido agilidad para su trabajo y yo posiblemente me habría aburrido, así que decidieron que me quedara en el pueblo.

Como era muy pequeño para quedarme solo, por la mañana temprano, antes de que mis padres fueran a coger el autobús, me dejaron en casa de los padres de mi amigo para que cuidaran de mí hasta la noche en que regresarían.

El padre de Jorge era un hombre severo, fundamentalmente en todo lo relativo a la educación de sus hijos, que le obedecían casi militarmente. Los amigos de sus hijos, todavía lo veíamos como más autoritario, quizás porque nuestra poca relación con él favorecía esta idea, de tal modo que nos sentíamos cohibidos delante de él.

Así, el día señalado me vi incluido ó aunque fuera solamente por unas horas ó dentro de su familia.

Como llegué muy pronto a su casa y estaba de vacaciones, Jorge todavía no se había levantado. Le despertaron y tuve que esperar a que estuviera preparado para desayunar juntos.

No estoy acostumbrado a esperar en ayunas tanto rato; pero me había propuesto firmemente portarme muy bien y que no hubiera lugar a que pudieran llamarme la atención, tanto por el respeto ó casi miedo - que me inspiraba el padre de Jorge como por

las repetidas y serias recomendaciones de mis padres de que mi comportamiento fuera impecable.

Ya me protestaba el estómago cuando nos sentamos a tomar el desayuno. Un tazón de leche con cereales en el que sumergimos una buena ración de galletas, hasta quedar hartos, yéndonos inmediatamente a jugar de forma incansable.

Éramos libres, fuera del pueblo, en el monte. Todo el terreno era nuestro, todo el campo para nosotros, para jugar tanto como quisiéramos hasta la hora de comer.

Llagada la misma nos sentamos a la mesa, casi en silencio. Yo estaba junto a Jorge, separados por una esquina de la mesa, de tal manera que podíamos vernos y hablar sin apenas mover la cabeza.

Toda la actividad, que había desplegado incansablemente durante la mañana, parecía que se había disipado. Y el motivo era la presencia de su padre, que, aún sin decir nada, imponía respeto.

La madre de Jorge ó cuando todos los demás ya estábamos preparados ó apareció con una enorme olla, que depositó en la mesa.

Después de tantas horas de juego, el hambre hacía que yo mirara ansioso cómo metía el cazo en la olla.

Cuando lo sacó para empezar a servir quedé mudo, fija la mirada en lo que contenía:

¡Lentejas! Lo que estaba sirviendo eran lentejas, lo único que yo no soportaba.

De repente quedé paralizado, sin saber qué decir porque mis emociones y mis pensamientos se agolpaban y no podía reaccionar. No sé qué era más fuerte, si el rechazo que me producían, el miedo a la reacción del padre de Jorge, el ser consciente de que no estaba en mi casa y era sólo un invitado.

Fue llenando el plato de cada uno ó incluido el mío ó y empezaron a comer.

Con la cuchara en la mano y la mano quieta veía en silencio el plato lleno de las odiadas legumbres.

Me aterrorizaba la presencia del padre de Jorge; pero la sensación de repudio que tenía por esta comida no me dejaba reaccionar.

Jorge, que se dio cuenta de mi problema, en voz baja me dijo:

-A mí me dan asco también.

Sin embargo, miré de reojo cómo Jorge comenzó a comerse las lentejas con una avidez extraordinaria, como si llevara días sin haber probado bocado. Su cuchara iba del plato a su boca y de su boca al plato con una rapidez sorprendente.

Fue el primero en terminar todo lo que le habían puesto.

La actitud de Jorge me sorprendió mucho. No entendía su aparente contradicción, así que, cuchicheando para que no nos oyeran, le dije:

-Me habías comentado que a ti tampoco te gustaban las lentejas y te las comes tan deprisa.

Tranquilamente me respondió:

-Es que mi padre no permitiría que no me comiera lo que me ponen y, como lo que hay no me gusta, cuanto más tarde en tomarlo, más tiempo estaré pasándolo mal.

-Ya saborearé despacio lo que me agrada; pero esto procuro terminarla rápidamente.

Jorge tenía razón. En lo bueno hay que recrearse y lo malo pasarlo lo antes posible.

Con los ojos casi cerrados hice lo mismo que Jorge, haciendo todas las muecas de que era capaz, cerrando los ojos de vez en cuando para no ver lo que comía, fui comiendo ó tragando sería la palabra apropiada, dada mi velocidad ó aquello que hacía que tuviera que esforzarme para no volver a echarlo en cuanto lo comía.

Dejé el plato tan vacío como el de Jorge.

Su madre me miró muy satisfecha por el éxito de su trabajo culinario y yo también por haber superado lo que en principio parecía que iba a ser una tragedia.

Desde entonces nunca he vuelto a rechazar las lentejasí ni ningún otro plato que me hayan ofrecido.

---ooo0ooo---

## 44.- POBRES Y RICOS

Un dicho popular predica que el dinero no da la felicidad y así es. Sin embargo, aspiramos a tenerlo porque con él nos sentimos más seguros.

Sobre este tema hablaban Francisco y Fermín, sentados en la terraza de un bar, mientras a pocos metros pasaban los coches ahogando, con el ruido de los motores, alguna que otra palabra de la conversación.

Fueron compañeros en el colegio y habían compartido entonces algunas travesuras.

Cuando terminaron el Bachiller, sus caminos divergieron.

Francisco entró a trabajar en las oficinas de una gran empresa y todavía sigue haciendo el mismo trabajo.

También sigue cobrando casi el mismo sueldo, apenas incrementado por la antigüedad.

Tiene cuatro hijos y hace milagros para poder llegar a fin de mes sin tener que acudir a algún amigo para que le preste algo, pedir un adelanto de sueldo a la empresa o dejar pendiente de pago algo en la tienda.

Salvo por el tema económico su vida es apacible, si no se tienen en cuenta los sobresaltos normales que pueden originar cuatro hijos, alguno de ellos más travieso de lo normal.

Se le veía feliz, a pesar de sus estrecheces.

Por su parte, Fermín disfruta de una situación económica excelente.

Hizo una carrera técnica y posteriormente creó una empresa que fue creciendo rápidamente. La empresa inicial evolucionó hacia un grupo empresarial de carácter multinacional.

Ahora nada en la abundancia y habla aparentando una superioridad sustentada por la riqueza; pero de la que no está convencido.

Hablaron sobre trivialidades y, entre sorbo y sorbo de café, - al igual que ocurre en tantas conversaciones ó fueron saltando de un tema a otro.

Fermín le contó cómo le había sonreído la vida, alejándole de cualquier estrechez y haciendo posible satisfacer sus caprichos.

Francisco le escuchaba en silencio. Él no podía tenerlos.

Cuando le pareció que Fermín había terminado de contarle tantas cosas buenas suyas, se le quedó mirando, esbozando una sonrisa.

-Fermín, tú tienes muchas cosas materiales y yo no; pero yo tengo la ventaja de la pobreza.

-¿La pobreza es una ventaja? - preguntó Fermín.

-Aparentemente no. Sin embargo, así es - continuó Francisco.

Fermín, muy extrañado, insistió:

-Vas a tener que explicármelo.

Francisco se explicó:

-Nosotros, los pobres, los que carecemos de tantas y tantas cosas, siempre podemos mejorar y siempre esperamos llegar a tenerlas algún día y pensamos que, cuando las tengamos, seremos felices.

-A nosotros nos queda la ilusión; pero vosotros - que tanto poseéis -, habéis comprobado que la riqueza no da la felicidad.

-Los ricos habéis perdido la esperanza.

---ooo0ooo---

## 45.- ¿DÓNDE?

Todo lo preguntaba.

Todo quería saberlo.

Víctor era un niño inquieto e inteligente. Por eso cuestionaba cualquier asunto que no entendiera.

Preguntaba una y otra vez hasta que su curiosidad quedaba satisfecha con una explicación lógica y comprensible.

Sus padres y sus maestros sufrían ó quizás no sea la expresión adecuada por excesiva ó el bombardeo de sus preguntas.

Éstas generalmente eran contestadas; pero raramente Víctor no las ampliaba con otra u otras, surgidas a raíz de la explicación de la anterior.

-¿Por qué llueve?

-¿Y cómo llega el agua a las nubes?

-¿Y por qué vemos cuando el agua cae y no la vemos cuando asciende a las nubes?

Las dudas se multiplicaban en su cerebro, ávido de conocimiento.

-Si, cuando nos miramos en un espejo, nos vemos al revés, la derecha en la izquierda y viceversa ¿por qué no vemos lo de abajo arriba y lo de arriba abajo?

No siempre era fácil contestar. A menudo se requería pensar la respuesta, no sólo para evitar las preguntas siguientes, sino también por la dificultad de la cuestión.

-¿Por qué un trozo de hierro se hunde en el agua y un trozo de madera más pesado no?

-Entonces, ¿por qué no se hunde un barco de hierro?

Cuando en la escuela levantaba la mano para preguntar algo, el maestro temía ó podría decirse que sí, que temía ó lo que pudiera estar pasando por la cabecita de Víctor.

-¿Por qué se enciende una bombilla o da vueltas un ventilador al accionar el interruptor?

-¿Cuándo duermen los peces?

Con paciencia y buena voluntad sus padres y sus profesores intentaban siempre disipar sus dudas.

Sin embargo, hubo una que ni unos ni otros pudieron contestar de forma contundente, porque tampoco sabían la respuesta.

Y así quedó ó y sigue quedando ó en el aire la pregunta incontestada.

-¿Dónde se esconden las moscas en invierno?

---ooo0ooo---



## 46.- LA MOLÉCULA DE AGUA

En las afueras de la gran ciudad, en el declive de un montículo, se ha ido creando un barrio de chabolas.

Poco a poco, una al lado de otra, las chabolas han ido formando calles, creciendo el barrio con el orden que el instinto o las posibilidades de los vecinos les fueron indicando.

Las condiciones higiénicas de la zona son absolutamente inexistentes. No hay agua corriente, no hay electricidad, no existe ni un elemental desagüe, ni fosas sépticas, ni nada que pueda significar civilización actual más que lo que buenamente ha podido llevar cada uno a su habitáculo, normalmente construido por lo que el resto de los ciudadanos ha desechado.

Las chabolas no tienen más separación interior que alguna cortina hecha con harapos o una tabla apenas sujeta por los lados, que proporciona algo de intimidad por la noche. Durante el día un único lugar sirve para todo.

El agua tiene que ser traída desde la única fuente existente, en la parte baja de la ladera.

El fuego para cocinar se alimenta de las maderas que se recogen donde buenamente pueden.

En las rudimentarias calles ó llenas de hoyos y piedras ó el agua sucia echada por los habitantes se encharca perennemente, sirviendo de hábitat ideal para multitud de microbios. Esta situación es aliviada de tarde en tarde por las lluvias que, en cierta manera, limpia la zona, embarrándola y preparándola para iniciar de nuevo el proceso.

Porque el agua de la lluvia no seca las calles, no limpia los hoyos, simplemente renueva en parte ó sólo en parte ó los charcos y los deja preparados para que vuelvan a reproducirse más microbios.

\* \* \*

Aquella tarde primaveral había llovido algo y el agua caída había removido la putrefacta de las calles.

Al día siguiente el sol se dejaba notar a través de la atmósfera transparente. La temperatura iba aumentando a medida que el reloj avanzaba.

Una de las moléculas del agua sucia primitiva se había mezclado con las limpias de la lluvia y flotaba en la superficie de la inmundicia charca.

A medida que el día avanzaba, el calor se iba sintiendo más y veía cómo otras a su alrededor se iban convirtiendo en vapor y ascendían lentamente hasta desaparecer.

En un momento determinado, juntamente con otras como ella, algo le pareció que cambiaba en su interior, el calor era más fuerte y empezó a sentirse más ligera, tan ligera que sintió que pesaba menos que el aire.

Sentía que el roce con las demás se aceleraba, incluso le parecía que estaba engordando.

Y empezó a ascender, juntándose con otras, con otras másí y con muchas más.

Tomó un aspecto blanco, que, poco a poco, pasando por un gris claro, se fue oscureciendo hasta formar con sus compañeras un manto gris negruzco y amenazador.

Luego es atacada ó o apoyada ó por el viento, ahora frío, y transportada a gran distancia.

Por fin va deshaciéndose el manto oscuro, cayendo en forma de gotas al suelo, empapándolo y atravesándolo.

Circula por debajo de la tierra ó en completa oscuridad ó hasta aflorar en una fuente, en la falda de una ladera, donde la gente que vive en chabolas la recogen, la usan, la ensucian y llega hasta las calles ya conocidas y desde donde volverá a repetir el mismo cicloí

---ooo0ooo---

## 47.- EL BOMBERO

Su vocación fue evidente desde la infancia.

Todavía no podía andar y ya estiraba los brazos tratando de tocar la llama de una vela que le enseñaba su madre o de coger los vasos de agua que veía en la mesa.

Y antes de saber hablar ya emitía sonidos incomprensibles delante del fuego de la chimenea de su casa, a la que se acercaba peligrosamente hasta que su padre le frenaba, evitando el desastre.

Cuando le bañaban emitía sonidos semejantes y se reía felizmente, risas que se convertían en llanto al terminar y secarle.

Cuando ya tuvo edad suficiente fue a una guardería en la que, como en otras, se jugaba y se realizaban diversas actividades para entretener a los niños, en las que no intervenía ninguno de los dos elementos que tanto atraían a Aurelio- que así se llamaba el protagonista de este relato ó y que eran el fuego y el agua.

Sí que constituía una de esos entretenimientos la pintura y Aurelio solía elegir los colores que más podían reflejar sus aficiones: el rojo y el amarillo por el fuego y el azul, que, en su cabecita, le recordaba el mar.

Años más tarde, cuando estudiaba el bachiller, la materia que prefería era la Hidrografía, dedicando muchos de sus ratos libres a aprender más sobre lo que era su afición favorita: el fuego y el agua.

Con estos antecedentes es fácil imaginar a dónde iba a dirigir su futuro.

Cuando el Ayuntamiento de su ciudad convocó oposiciones para ingresar en el Cuerpo de Bomberos, ya con edad suficiente para ello, se presentó y obtuvo la plaza deseada.

En su trabajo demostró una eficiencia superior a la de sus compañeros, consecuencia de su buena preparación física, de su inteligencia y de su inclinación inequívoca, que le valió para ser ascendido rápidamente.

Su comportamiento en las intervenciones de su equipo fue siempre intachable. Durante un incendio, gracias a su actuación heroica y decidida, consiguió salvar a tres personas que habían quedado rodeadas por las llamas.

Esta última acción le valió un homenaje, durante el cual se le impuso una medalla.

Asistieron autoridades y representantes de la prensa, que le hicieron diferentes preguntas sobre su trabajo, principalmente sobre el último incendio.

Uno de los periodistas quiso poner a prueba también su inteligencia, de la que había oído hablar, así que le formuló una pregunta que, a pesar de ser tópica, deseaba hacer.

-Si su casa estuviera ardiendo y sólo pudiera elegir una cosa ¿qué es lo que se llevaría?

Aurelio evidenció su inteligencia, al responder sin dudarlo:

-El fuego.

---ooo0ooo---

## 48.- DESPISTADO

Don Cayetano era un hombre al que todos admiraban y respetaban.

Era un hombre muy instruido, un intelectual, un verdadero sabio. Había estudiado dos carreras universitarias ó una de ingeniería y otra de letras ó además de estudios no oficiales. También parecía que devoraba cualquier libro interesante que caía en sus manos y para distraerse resolvía pasatiempos y problemas de Matemáticas y Física.

También tenía un gran sentido del humor. Solía hacer bromas, en medio de alguna conversación científica, sin cambiar el semblante, cogiendo desprevenidos a los oyentes, que estaban convencidos de que hablaba en serio.

Era despistadísimo, como buen sabio que se precie, así que, como se reía de todo y mucho de sí mismo, su despiste era a menudo la base de alguna de sus bromas.

Habitualmente acudía a un café donde se reunía con amigos y donde se comentaban y discutían temas profundos o triviales, según el ánimo y la oportunidad.

En algún momento, se intercalaban bromas en las que D. Cayetano ó como ya se ha dicho -era generalmente el principal actor.

Una tarde en la tertulia se hablaba de lo complejo del cerebro y de cómo podía ser ó en la misma persona - enormemente activo y potente para unos temas, mientras que para otros era casi inútil.

Se comentó cómo muchas personas son muy hábiles para algún arte, industria o ciencia y nulas para otras cosas en las que individuos - mucho menos inteligentes - son verdaderos maestros.

De esto se discutía cuando D. Cayetano, muy seriamente habló:

-Tienen razón en aquello de que nuestro cerebro puede ser bueno para algunas cosas y malo para otras.

-En mi caso, como Vdes, saben, soy un enamorado de los problemas matemáticos y una de mis habilidades ó sin falsa modestia ó son los temas de números.

-En cambio, soy muy despistado.

-Y para demostrarlo les contaré una anécdota que me pasó no hace mucho.

-Un día llegué a casa cansado y fui a darme un baño y, cuando me metí en la bañera me sorprendí al darme cuenta de que me había metido completamente vestido.

Los contertulios se rieron de su despiste, haciendo algún comentario.

Uno de ellos le dijo:

-D. Cayetano, se pondría perdido de agua el trajeí

Y él, con una sonrisa irónica le respondió:

-No lo creací como soy tan despistado también me olvidé de abrir el grifoí

í ooo0oooí

## 49.- DOS BURROS

No siempre los hombres somos más lógicos que los animales. A veces parecemos que tenemos menos inteligencia que ellos.

Un ejemplo de ello sucedió en un pueblo donde se celebraba una feria anual de ganado.

Allí coincidieron dos hombres, vecinos de pueblos no muy distantes. Ambos eran propietarios de sendos burros.

Hablaron, entre otros temas, de cómo se había encarecido el precio del forraje y en que deberían de encontrar algún remedio.

Coincidían sus opiniones en distintos aspectos para aliviar esa carga.

Sin embargo, en lo fundamental no se pusieron de acuerdo, proponiendo cada uno de ellos una solución diferente.

Esta falta de concordancia de ideas les llevó a hacer una apuesta. Pondrían en práctica lo que cada uno defendía a su respectivo jumento y al cabo de tres meses ó tiempo que estimaron suficiente para ver el resultado ó volverían a reunirse en el mismo lugar para ver quién de los dos había tenido más éxito al aplicar su solución.

Transcurrido este período volvieron a encontrarse para exponer sus resultados y ver quién de ambos había ganado la apuesta.

Sentados en la mesa de un bar del pueblo, el primero de ellos explicó que le había puesto al burro unas enormes gafas de color verde y así todo lo que el dueño le daba lo veía verde y su instinto le decía que era comestible.

Le dio trapos viejos, periódicos, y todo lo que encontraba blando y cuyo destino habría sido la basura. Así, el burro - con hambre y sin nada más que comer ó fue dando buena cuenta de todo lo que le ofrecía.

No comía nada de provecho, sino todo lo contrario, así que no tardó mucho en enfermar y morir.

-Ya ves, he perdido la apuesta. Mi estrategia fue un fracaso.

-Pero cuéntame cómo fue tu plan.

El otro le contestó:

- No creas que he ganado, a pesar de que mi plan era mucho más simple.
- Siempre pensé que se comía por costumbre, no por necesidad.
- Por eso cada día iba reduciendo un poco la ración de comida, de forma que el asno se fuera acostumbrando paulatinamente comer menos.

El primero le escuchaba interesado, en silencio, así que continuó:

- Cada día el pollino iba comiendo menos. Aparentemente se iba adaptando a que su comida fuera menguando.
- Y llegó un momento en que conseguí acostumbrarlo a pasar sin comer.
- ¡Pero entonces se murió!

(Habría que meditar si eran más burros los asnos o los dueños).

í ooo0oooí



## 50.- EL ENCUENTRO

Quería tener un encuentro con la naturaleza.

Fue una decisión impensada, rápida.

Había tenido unos días de trabajo intensivo y se me ocurrió que podía tomarme unos días de descanso en algún lugar donde el medio no hubiera sido todavía devorado por el hombre. Además, es primavera, un aliciente añadido.

Me apetecía sentirme libre, sin que la sociedad, los coches, el teléfono, la televisión, o cualquier otro signo de los avances de la civilización - de los que habitualmente soy consumidor, como tantos millones de personas -, encorsetaran mi mente. Solamente los imprescindibles para tener unas comodidades mínimas aceptables.

Estuve ocupado toda una mañana en informarme de lugares que se acomodaran a mis deseos, tanto por el entorno como por el alojamiento. En este caso, la técnica, internet y teléfono, cumplieron su función.

Encontré un lugar que me pareció apropiado para mis deseos: lejos de la urbe y complicado para llegar,

Al día siguiente preparé mi reducido equipaje y salí.

Estaba muy animado. Durante el viaje en el tren hasta la estación, que significaba el fin de mi primera etapa, se mezclaban en mi mente las imágenes del paisaje con las ideales que mi imaginación creaba del lugar de destino.

De la estación, en medio de la nada, se servían tres pequeños pueblos, el más cercano de ellos a varios km.

Dos autobuses - de una indefinida antigüedad - cubrían el servicio. Uno exclusivo para el más cercano de los núcleos y el otro que atendía a los restantes.

Subido en éste último, pasé por el primero de aquellos nombres que apenas aparecían en algunos mapas. El autobús paró; pero nadie se apeó ni subió. Parecía un pueblo fantasma, con casas semiderruidas, calles sin asfaltar, árboles muertos, viento que levantaba el polvo reseco. Sólo dos viejos, sentados sobre unas piedras, que les servían de banco, miraban en silencio.

Tras esa parada, continué durante hora y media hasta el fin del trayecto en la plaza principal de la última población.

Los dos acontecimientos cotidianos para sus escasos habitantes los constituían la salida y llegada del desvencijado autobús.

De entre el grupo de vecinos, que tranquilamente miraban y comentaban, se adelantó un hombre de mediana edad y, acercándose, me saludó, dando por sentado que era a quien esperaba.

Tras unas palabras me llevó hasta el vehículo con el que me trasladaría al lugar elegido. Era una vieja motocicleta con sidecar.

Al ir alejándonos de las casas por un camino de carros, un extenso y árido paisaje nos saludaba, limitado al Norte por una cadena montañosa, que probablemente frenaba la posibilidad de que las nubes regaran la zona.

Nos dirigimos hacia un valle, que se adivinaba a lo lejos entre aquellas alturas.

Estaba anocheciendo cuando cruzamos el pequeño valle y poco después llegamos a la casa.

Estaba cansado del viaje, así que, me di una ducha, cené algo y después salí a disfrutar de los sonidos de la noche en el campo.

Apenas abrí la puerta me llegaron los primeros olores y los sonidos propios de la noche en un medio natural, acompañados por un concierto de silencio de fondo.

Durante un rato estuve disfrutando de ese concierto y de los sonidos de los solistas o de los coros. Después me acosté y me dormí inmediatamente.

Me he levantado despejado y, fresquito con la ducha, he desayunado relativamente fuerte y he inspeccionado parte del alojamiento. He dejado el resto para verlo con calma al volver. Ahora lo que me urge es salir.

Es una construcción rústica muy antigua, que no ha sufrido más modificaciones que las imprescindibles para adecuarla a las necesidades modernas, conservando el sabor añejo.

Los muros son gruesos, de grandes piedras, que mantienen el interior a una temperatura casi constante, como ocurre con las grutas.

Constituía la vivienda de quienes explotaban estas tierras, mucho más fértiles que aquéllas por donde llegué, gracias a la protección de las montañas que las rodean y al agua que no falta.

Cojo la mochila con todo lo que pienso que necesito y salgo.

Lo primero que estoy viendo es un paisaje casi inesperado.

Estoy dentro de una especie de enorme olla, que, formada por montañas nemorosas, parece que abrazan la multicolor planicie.

Hay una senda que sale desde el caserío y salgo por ella.

A pocos metros recojo una vara seca que se cruza en el camino y pensando que puede serme de utilidad, la cojo.

En algún trecho las zarzas la bordean y, consecuencia de lo poco frecuentado del lugar, tengo que apartarlas con la vara.

Paso por una hondonada llena de juncos, señal inequívoca de la presencia de humedad. En medio, el terreno se levanta formando un suave otero, que atraviesa el camino y al que accedo.

Me detengo en lo alto para admirar el paisaje. Las montañas que me rodean me saludan optimistas. Sus laderas se ven frondosas y llenas de vida. Sus faldas marcan la línea divisoria en el tipo de vegetación.

En el llano se alternan campos de frutales, con cultivos variados.

Estoy recorriendo con la vista el horizonte para, después de una somera mirada, decidir hacia dónde ir.

Hago un plano mental y me dirijo hacia el lado occidental, donde también se adivina agua, gracias a una franja más verde y tupida, interrumpida en una zona por cierta extensión más arbolada.

Al borde del camino, veo algunas plantas de menta que, con el calor, dejan escapar su aroma. También orégano y, sobre todo, muchas margaritas de diferentes colores y tamaños, de las cuales cojo varias y me las pongo en el bolsillo.

También corto una ramitas de romero verde que las pongo acompañando a las margaritas, que ya llevaba.

En unos minutos me encuentro bordeando un riachuelo, que alegra más mi vista y decido continuar a su vera.

Diseminadas a lo lejos y siempre entre árboles, hay varias casas en salpican el paisaje; pero no lo alteran. No puedo determinar cómo son, porque todas están escondidas, asomando solamente algún detalle entre el follaje.

Continúo por la ribera del riachuelo. Estoy disfrutando del paseo. Ver discurrir el líquido tan transparente, que, por lo claro, parece que el cauce esté vacío.

Viene de un estanque natural, un poco más arriba, alimentado por una especie de acequia y de una fuente que mana a varios metros.

Un grupo de árboles se eleva de entre el suelo llano y completamente cubierto de hierbas verdes y frescas.

Creo que he encontrado lo que buscaba, un lugar ideal para apreciarlo con todos los sentidos.

Colores diversos formando un cuadro inimitable, sonidos del discurrir del agua mezclado con el de los pájaros, aroma de la yerba pisada, el tacto de las flores al acariciar sus pétalos y el sabor del agua fresca que acabo de probar en la fuente.

No dejo de admirarlo todo, de embeberme de lo que hay, de agradecer que exista.

Peroí no estoy solo.

Por detrás de un árbol veo unos pies que asoman, con las puntas hacia arriba.

Están inmóviles.

Ahora la curiosidad puede más que la prudencia. ¿O es la duda de si se trata de una persona que está desmayada? En este lugar tan poco habitado no puedo pasar sin averiguarlo.

Doy un rodeo, de forma que no pueda asustarse y, a la vez, poder observar sin ser visto.

Lentamente, para no hacer ningún ruido, voy pasando lo suficientemente lejos para mis intenciones hasta que, escondido tras unos arbustos rosáceos puedo ver a quien se hallaba casi invisible.

La visión me deja sin saber cómo reaccionar.

Es una mujer sentada, apoyada en el tronco, con un libro en las manos.

Su expresión es de serenidad y de concentración. Una leve sonrisa aflora en sus labios. Se advierte fácilmente que está disfrutando de la lectura.

Es preciosa y no me atrevo a moverme, prefiero disfrutar de su contemplación. Su belleza combina perfectamente con la del entorno y la aumenta notablemente.

Sus gestos suaves al pasar las hojas, su delicadeza para sujetar el libro, sus movimientosí todo manifiesta su belleza interior.

A la vez que esa ternura, se adivina su fuego interior

No me canso de observarla atentamente en silencio. La miro con una actitud que se acerca a la devoción.

Sin darme cuenta, muevo el pie y hago ruido con una rama seca. Ella levanta la cabeza y mira hacia donde me encuentro con gesto inquisitivo.

No tengo más remedio que abandonar mi posición de observador y me acerco despacio. No quisiera que se asustara.

Le saludo y me lo devuelve con una sonrisa franca y abierta.

-Buenos días, le digo, con una ligera inclinación de cabeza.

-Hola, me responde sonriente.

Exteriorizando mi pensamiento le digo que no esperaba encontrar a nadie por aquí, a lo que me responde que suele venir a este lugar, tan tranquilo, para leer, que tiene una de las casas que hay casi escondidas y, cuando le es posible, se escapa de la ciudad para disfrutar del lugar.

Con un gesto me invita a sentarme, lo que agradezco profundamente porque lo estaba deseando.

Hemos comenzado a hablar del paisaje, de la belleza encerrada entre estas montañas, que es impensable antes de llegar a él.

Nuestra charla continúa por muchos derroteros. La mujer tiene una conversación muy fluida y yo estoy absorto escuchándola, tanto que, en muchos momentos, no consigo responderle con la rapidez deseada. Entonces creo que puedo darle una impresión de cierta pereza mental; pero responde a mi exultante estado de ánimo; aunque esto parezca una contradicción.

Le cuento el motivo de mi estancia allí y de los días que estaré.

Después de largo tiempo hablando - tiempo que me pareció cortísimo -, miro el reloj y me dijo que era hora de irse a comer.

Quisiera seguir con ella, caminar entre los árboles, mirarla, escucharlaí

Quisiera expresarle la impresión que me ha dejado; pero no me atrevo. Sólo puedo preguntarle su nombre y decirle el mío.

Nos despedimos y también me atrevo a preguntarle si estos días aparecerá por este idílico paraje.

Con una enigmática sonrisa me dice que quizásí y se va mientras yo no aparto la vista de ella hasta que desaparece a lo lejos.

Ya no tengo ganas de seguir y vuelvo a la casa.

Por la tarde vuelvo con la esperanza de encontrarla; pero inútilmente permanezco hasta que oscurece.

Vuelvo al día siguienteí y al otroí y al otroí

Hoy es mi último día aquí. Ha llegado el momento de regresar a la ciudad. Mañana por la tarde vendrán a recogerme para llevarme a la estación.

Volveré con el pensamiento puesto en aquella mujer, con la tristeza de no haber vuelto a encontrarla y con la alegría de haberla conocido.

Llegué a este lugar para tener un encuentro con la naturaleza.

He tenido un encuentro, sí; pero no con la naturaleza terrenal, sino con la divinidad.

í ooo0oooí